

nerales mahometanos. El cuerpo, con sus vestidos por sudario, y expuesto á las miradas de todos, es transportado sobre un caballo, cuyo diestro lleva un hombre que camina á pié, y al cual sigue una larga fila de jinetes silenciosos y pensativos. Sobre el campo de reposo se reparten limosnas á los pobres que han formado parte del cortejo.

Colócase el cadáver tendido en su lecho funerario con el pecho levantado, inclinado sobre el costado y sobre el codo izquierdos, á fin de que pueda levantarse más fácilmente cuando suene la trompeta del juicio final.

La estructura de la tumba es grosera, y cuatro piedras dispuestas en rectángulo componen todo el monumento. La entrada de la fosa está cuidadosamente cubierta de baldosas con objeto de preservar al muerto de los dientes del chacal y de la hiena, y de la temible voracidad de los *ghouls* (1). Por encima de la cabeza del difunto se coloca un tubo de tierra cocida, á fin de que pueda oír mejor la voz del ángel que en el día de la resurreccion mandará al impío y al fiel despojarse del sudario para comparecer ante Alah.

Ninguna inscripcion, ningun epitafio indican el nombre y calidad del difunto. Los personajes más ricos ó que ocuparon en el mundo puestos de consideracion, tienen labrados algunos turbantes en el mármol de sus tumbas. Esto es todo.

Despues no habrá uná mano amiga que deposite

(1) Vampiros.

sobre el sepulcro flores y coronas; sólo el esposo, el hijo, el padre ó el fiel pariente pasarán horas enteras rezando y meditando junto á la helada piedra, inmóviles y rígidos cual estatuas, sin turbar ni por un instante el profundo silencio que reina en el cementerio, silencio que apénas es interrumpido por la brisa que mueve las ramas de las gigantescas higueras, de los plátanos y de los sicomoros.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO IX.

Los *hatcheichi*.—Los merodeadores.—La prueba del hombre.

Bled-el-Aneb (Bona), 16 de Julio.

Hay en la Argelia, particularmente en Constantina, muchas sociedades llamadas *hatcheichia*, porque sus sócios fuman *hatchich* en lugar de tabaco. Forman las kabilas, y es tal la rivalidad que existe entre estos clubs, que se ódian, se injurian, y llegan á las manos con frecuencia.

La cualidad de *hatcheichi*, es decir, de hombre que pierde la razon fumando, es sumamente odiosa á los indigenas, por lo cual dichas sociedades son miradas en Argelia con el mayor desprecio. Así, los *hatcheichi* se reunen todas las tardes en sitio oculto, y allí fuman al son de un tamboril, aullan como las bestias, y concluyen por dormirse cansados y embriagados con el humo narcótico de su yerba favorita.

Pero lo notable, lo singular de estos clubs de soñadores, es la extraña y profunda pasion que tienen á la caza del puerco-espín, caza llena de dificultades y que apenas produce resultados.

El puerco-espín habita siempre debajo de tierra, al pié de una roca, y cava su nido á gran profundidad.

Los cazadores se preparan con un mes de anticipacion, porque como nada pueden esperar de la hospitalidad de los árabes, necesitan proveerse de tiendas y comestibles. La víspera del dia destinado para la partida, que ordinariamente es á fin del invierno, la sala del club presenta un espectáculo conmovedor, aunque ridículo para los que saben el origen. Los destinados á la caza, que suelen ser diez ó doce, se despiden de sus compañeros de sociedad, con lágrimas en los ojos y como si no hubieran de volverse á ver. Cada cazador se provee de un baston de cinco piés de largo que tiene en una de sus extremidades un hierro de lanza, dentado. Los más robustos cuelgan de su cintura martillos de hierro de varias formas, destinados á abrir camino hasta la morada del puerco-espín. El héroe de la fiesta es un chiquillo de ocho á diez años, el más pequeño, más seco y más ágil que se puede encontrar: cubierto de piés á cabeza con un traje de pieles, es el encargado de penetrar en el agujero del animal, de atacarle y de darle muerte.

Despues de algunos dias de marcha, despues de pasar algunas noches acampados en sitios peligrosos por la vecindad de las fieras, despues de mil pesquisas infructuosas, suele llegar el caso de encontrar huellas de un puerco-espín. Inmediatamente hace alto la caravana: se reconocen las puas que ha soltado el animal en su camino, se le acecha, se observa el sitio por donde acostumbra á pasar, se da, en fin, con el nido, y hacen la descubierta dos ó tres perros que se llevan como exploradores. Si los perros ladran dentro del agujero, respóndeles un «¡hurra!» frenético, arrancado por el entusiasmo á los lábios de los *hat-*

cheichi. En seguida se preparan las herramientas; se establece el sitio; trabájase con ardor en ensanchar la vía que ha de conducir al chiquillo hasta la víctima infortunada, y cuando los perros salen del escondite y penetra en él la cabeza del infantil cazador, todos aguardan aguzando el oído, con ansiedad, con el más religioso silencio. El chiquillo penetra por la abertura, se arrastra, se retuerce, va introduciéndose poco á poco en aquel escondrijo subterráneo, y concluyé por desaparecer. Los cazadores escuchan con creciente ansiedad; contienen la respiración; aplican el oído á tierra, y si no se oye nada, si tarda en salir el niño, comienzan á llamarle con dulce acento aplicándole los dictados más cariñosos, los elogios más sublimes, haciendo, en fin, una pomposa loa de sus virtudes, de su talento y de su valor.

Por fin, aparece con un pié saliendo del agujero: al pié sigue una pierna, luego otra, un cuerpo, un brazo, la cabeza, otro brazo, la mano armada con la lanza, y en ésta, atravesado de parte á parte, un puerco-espín.

Este es el gran momento: ¡Qué explosión de hurras! ¡Qué torbellino de lisonjas! ¡Qué tempestad de aclamaciones entusiastas! Todos quieren ver á la víctima, uno le degüella de un golpe de cuchillo, otro le abre el vientre, otro le arranca los intestinos reemplazándolos con un puñado de plantas aromáticas y de sal, y conservado así el puerco-espín, se guarda durante toda la campaña para presentarlo después en la mesa del club.

Si Dios en su infinita misericordia quiere obsequiar con un milagro á los cazadores, éstos pueden

volver de su expedicion con una docena de piezas. Pero si Dios no hace milagros, si la madriguera del puerco-espín está rodeada por rocas cuya dureza resiste á los golpes de martillo, si el animal ha tenido por conveniente variar de habitacion despues de atraer á sus perseguidores, si por causa de la construccion del agujero no puede embutirse entre sus paredes el héroe de la partida, si, en fin, otro club ha batido el terreno algunos dias ántes, lo más probable es que, al cabo de un mes de cacería y de una marcha de sesenta leguas, los cazadores tornen mústios y sombríos, con las manos libres, escueta la bolsa, vacío el estómago y apagado el entusiasmo.

Comunmente, despues de muchas fatigas y privaciones, y despues de dos ó tres campañas que duran lo que dura el invierno, los *hatcheichi* consiguen cazar un puerco-espín. Ya en poder del club el precioso animal, aquel se reúne solemnemente una noche, y el puerco-espín, rodeado de dátiles y de *kouskous*, aparece sobre un plato de madera, que se coloca en medio del círculo formado por los sócios. Todos contemplan con alegría el succulento manjar. El jefe del club, situado en el lugar de preferencia, invita á servirse á su vecino de la derecha; éste toca el borde del plato con dos dedos, se los lleva á los lábios, y dice: «*tengo bastante*». Los demas sócios van haciendo la misma operacion, hasta que llegado el turno al presidente, todos empiezan á comer los dátiles y el *kouskous* que rodean al plato de honor. Despues se canta, se acompaña al canto con las manos y con el tamboril, se fuma y se duerme.

A la noche siguiente vuelve á reunirse el club,

vuelve á presentarse el puerco-espín, y vuelve á hacerse la operacion de la noche anterior. Y todas las noches sigue reuniéndose el club, apareciéndose el puerco-espín y repitiéndose la misma ceremonia; hasta que los vecinos y la gente que pasa por la calle, molestados por el olor del animal en putrefaccion, se quejan á la policia, y ésta interviene y hace variar de domicilio á la caza y á los cazadores. Y de calle en calle y de casa en casa, los *hatcheichi* siguen fumando y oliendo su puerco-espín; y de cacería en cacería, de convite en convite, es probable que continúen del mismo modo hasta la consumacion de los siglos.

No tan ridículas, pero mucho más peligrosas que las *hatcheichia*, hay en toda el Africa septentrional otras sociedades compuestas de ladrones y asesinos y Generalife que llevan el modesto título de *merodeadores*.

En cada tribu hay cierto número de afiliados que se encargan de ir á robar todas las noches á las tribus vecinas. Si los robados se defienden, si resultan dos ó tres muertos en la refriega, nadie se queja, nadie reclama, y á la noche siguiente vuelve á repetirse la misma funcion.

El árabe que tuviera el mal gusto de delatar á un merodeador ante las autoridades del país, recibiría pocas horas despues una bala en el pecho ó dos pulgadas de yatagan en el corazon.

Unos y otros respetan y admiran al *merodeador*, le ocultan y le defienden; y sólo le atacan en el acto de sorprenderle cometiendo el robo.

Si preguntais en un aduar:

—¿Hay aquí un hombre que sepa guiar de noche,

que no tema al encuentro de las fieras y que no se asuste de los bandidos?

—Hay veinte, hay treinta, os contestarán.

Pero si preguntais en todos los aduares:

—¿Hay aquí un merodeador que me sirva de guia?

—No, os contestarán ingénuamente; aquí somos hombres honrados.

Acercaos al jefe de una tribu, y decidle:

—Soy un cazador, soy un viajero: ¿podré caminar con seguridad en el terreno que habitais?

El jefe os preguntará á su vez:

—Si encontrais por la noche uno ó más hombres armados, que van á sus asuntos particulares, ¿les hareis fuego?

—No me cuido de los hombres que van á sus negocios, contestareis.

Y esta respuesta os asegurará el aprecio del jefe, si bien el aprecio del jefe de una tribu no podrá impedir que os roben los merodeadores de otra. Pero como manifesteis la menor intencion de atacar á los que van á sus asuntos, daos por muerto.

El extranjero curioso y atrevido que se acerque á un aduar despues de media noche verá lo siguiente:

Personas y ganados están recogidos; una á una se han apagado las fogatas; todo parece dormir, excepto los perros. Ocho, diez ó quince hombres salen del aduar y marchan en silencio. Si en su camino encuentran un viajero indefenso, le atacan y le roban; si se resiste, le asesinan. Llegados á las inmediaciones de otro aduar, se ocultan y esperan á que el sueño rinda á los perros vigilantes. Despues, escurriéndose entre la maleza, se aproximan á la valla del aduar,

la escalan, caen entre los rebaños, arrastran consigo dos ó tres reses y huyen. Si un perro ladra, los habitantes del aduar despiertan y se levantan como un solo hombre, muévase atronadora gritería, dispáranse las pistolas y las espingardas, los robados acometen á los ladrones, éstos se baten en retirada y procuran ganar la espesura del bosque, sin soltar su presa, y retirando consigo á toda costa los heridos y los muertos.

Ya en sitio seguro, se detienen los merodeadores, despedazan las reses, se reparten los mejores trozos y abandonan los restos á las hienas y chacales.

Para ser merodeador no basta ser valiente y audáz, es preciso hacer la *prueba del hombre*. Un niño de doce años que sea capaz de hacer esta prueba, es considerado hombre y puede formar parte de los merodeadores.

Entre nosotros los europeos no podrá comprenderse que un niño de doce á quince años sea capaz de cometer un crimen; pero entre los hijos de Africa se comprende, porque pasa muy á menudo.

El moro, el árabe y el kabila nacen, viven y mueren en medio de peligros y peripecias que los europeos no conocen ni pueden conocer. Durante la infancia, sólo oyen hablar de muertes y de guerras; puede decirse que maman el odio de tribu á tribu, el aborrecimiento á los enemigos de su religion, el deseo de pelear sólo por placer, sólo por costumbre.

Lo primero que oyen son los elogios que se tributan al ladron y al asesino, al que mata más y más pronto, porque entre los africanos, el más sábio, el más virtuoso, el más apreciado es el más valiente, el más diestro, el más feroz.

Llega un dia en que el padre dice á su hijo:

—Ya eres un hombre, ya podias servir de algo á tu familia y á tu tribu.

—¿Qué he de hacer, padre?

—Nada: tú no puedes hacer nada, eres perezoso, eres cobarde.

—¿Cobarde?

—Cobarde, miéntras no hagas la prueba del hombre.

—Estoy dispuesto.

Entónces el padre señala á su hijo una pistola ó un yatagan entre las armas que tiene colgadas en su tienda.

—¿Qué hay que hacer?, dice el hijo, irguiéndose con firmeza.

—Al otro lado de esas colinas vive una tribu que nos odia. Los Ala-bib dicen que eres un niño; vé á probarles que eres un hombre.

El niño comprende, toma un arma, y dice:

—¿Cuándo?

—Esta noche; no hay luna, y la sombra favorece á los atrevidos.

—Esta noche será.

El padre le abraza cariñosamente, busca á su esposa, y la dice:

—Nuestro hijo está dispuesto.

—¿Tan pronto? Es muy niño todavía.

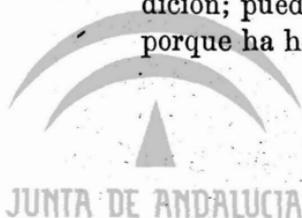
—No; ya tiene cuerpo de hombre; sólo le falta probar que tiene corazon (1).

(1) Los árabes, moros y kabilas, por regla general, ni cuentan ni saben la edad que tienen; para ellos la juventud es la edad de la fuerza, y la vejez la de la impotencia.

La madre llora un poco; pero se consuela con la esperanza de que su hijo será valiente.

Llegada la noche, el niño sale del aduar.

Si no vuelve, todos le lloran y alaban su memoria. Si vuelve sin haber cumplido su promesa, es recibido con el mayor desprecio, y pronto se ve obligado á separarse de los suyos, que le niegan cariño y amistad. Si vuelve triunfante, si dice «ya está hecho,» y al día siguiente saben todos que uno de los Ala-bib ha sido asesinado, los padres, los parientes, los amigos del bravo aprendiz le llevan en brazos, le presentan á la tribu que acude en masa á felicitarle; y el niño puede ya tomar parte en cualquiera expedición; puede ser merodeador; puede aspirar á todo, porque ha hecho la prueba del hombre.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO X.

**La caza con matraque.—El ciervo.—El antílope.—
La gacela.—La caza con halcon.**

Djidgeli, 17 de Setiembre.

He pasado dos meses completamente entregado á los placeres de la caza.

He cazado liebres con *matraque* (palo), diversion que hace las delicias de los árabes, y en la cual muestran extraordinaria habilidad. Consiste en arrojar desde larga distancia un enorme garrote que, en una de las vueltas que va dando á cuatro dedos de la tierra, coge á la liebre y la mata ó la deja mortalmente herida.

He cazado ciervos en las montañas de Beni-Salah y en *Ghib-Choueni* (bosque de los ladrones). El ciervo de Africa es más pequeño que el del Sur de Europa y de piel más oscura y más ruda. Los árabes le cazan con perros, y esperándole durante la noche, ocultos entre los lentiscos.

La caza del antílope que los árabes llaman *Bagar-Ouerch* ó *Fechtal*; segun las localidades que ocupa, es mucho más amena.

Estos mamíferos son nómades y viajan siempre en grupos de mil ó mil quinientos, desde las mesetas

de las montañas al N. del Sahara, hasta las llanuras que las rodean.

Cuando ven á un corto número de jinetes, lejos de huir, se acercan precedidos de un macho que parece ser el jefe del rebaño, y desfilan al trote, á treinta ó cuarenta pasos de los jinetes. Estos apénas tienen tiempo de hacer una descarga. A la primer detonacion, todo el rebaño huye con una celeridad tan asombrosa que no hay caballo ni perro capaz de seguirle.

Cuando los árabes quieren cazar el antilope, se reunen en gran número y las dos terceras partes de los cazadores, á pié, se ocultan en un sitio á propósito, cerca del camino que debe seguir el rebaño en su fuga. El resto de los cazadores, á caballo, van en busca de los antílopes, primero al paso, despues al trote, y al galope cuando huye el rebaño. Este marcha en buen orden, delante las hembras y las crias, y los machos cubriendo la retaguardia. Pero al llegar al sitio en que se hallan ocultos los cazadores á pié, éstos aparecen gritando, accionando y gesticulando como furiosos, y las hembras en estado de preñez y los pequeñuelos cuyo jarrete es todavía débil, se aturden, vacilan, y á pesar de las cornadas de los machos que procuran empujarlos hácia adelante, se quedan rezagados y caen bajo las balas de los cazadores.

Si el rebaño es pequeño y corto el número de las reses que pueden ser cazadas, los jinetes maniobran de manera que el rebaño quede dentro de un círculo formado por los caballos, y entónces los antílopes se confunden de tal modo, que se arremolinan, dan

vueltas sobre sí mismos y no intentan escapar por los claros, pereciendo la mayor parte ántes de que algunos vuelvan de su estupor y huyan si les es posible.

Del mismo modo cazan los árabes la gacela. Este interesante animal cuyos magníficos ojos se han hecho célebres, habita en el Norte de Africa la region del Tell y la parte septentrional del Sahara. De todos los cuadrúpedos que viven en estado salvaje, es el único que duerme de noche y busca su alimento de día. Achácase tal costumbre á la excesiva timidez que distingue á la gacela, y al temor de encontrarse durante la noche con los animales carnívoros. Por la misma razon duerme siempre en parajes muy descubiertos, á fin de evitar toda sorpresa. La velocidad de su carrera es tan extraordinaria ó más que la del antílope, por lo cual rara vez quedan en poder de los cazadores los machos, y las hembras que no se hallen en estado de preñez. Algunas tribus árabes no cazan la gacela, y la respetan como animal sagrado.

La caza con halcon es en Argelia el privilegio de los grandes y de los fuertes. Es tal la pasion que inspira esta caza á los árabes, que sólo puede disfrutarla el que tiene bastante fuerza para defender sus halcones de la rapiña de los envidiosos.

Los Zmouls, los Righa, los Amer y los árabes nómades que pasan el invierno en el Sahara, son los mejores cazadores con halcon. Sirvensen unos del halcon cogido en el nido, y otros del halcon cazado, ya adulto. El primero se deja alimentar y enseñar más fácilmente; el segundo es más sufrido y valeroso.

He aquí cómo cazan los árabes el halcon, y cómo

se sirven de él: Después de reconocer las rocas ó las ruinas donde el halcon acostumbra á pasar la noche, un árabe oculto junto á ellas, suelta un pichon ó una perdiz cuyo cuerpo está hábilmente envuelto en un hilo fuerte. Acude el halcon, lánzase sobre la presa, se enreda las garras en el hilo, y el árabe se aprovecha de este momento para aprisionarle. Envuélvele en el capuchon de su albornoz, y después de trabarle con una cuerda de cuatro ó cinco piés de larga, se le coloca sobre los hombros ó sobre la cabeza, y el halcon, privado de la vista, no intenta huir ni defenderse. Llegado á su aduar, el árabe coloca á su prisionero sobre una percha de un pié de altura, reyes-tida de trapos para no dañar las garras del animal. Este suele oponer bastante resistencia á todo, pero con raras excepciones, á fuerza de cuidados empieza á acostumbrarse á la vista de los hombres, de los caballos y de los perros, á dejarse poner y quitar el capuchon y las trabas, y á tomar el alimento que se le ofrece; y concluye por saltar á la mano del dueño, comer lo que se le da y colocarse voluntariamente sobre los hombros ó la cabeza del cazador. Todo esto se consigue privándole de la luz y del alimento, y encelándole con algun trozo de liebre, de perdiz ó de avutarda, que se le hace matar primero.

Cuando el halcon ha terminado su enseñanza, se le somete á la prueba decisiva: ésta consiste en llevarle encapuchonado hasta el sitio en que ha de cazar, y al mismo tiempo que se suelta una perdiz con un ala cortada ó una liebre con una pata ménos, suéltase también al halcon. Si á la vista de la luz y del campo el halcon piensa tan sólo en recobrar su

libertad, adios halcon y adios tiempo perdido en enseñarle, porque el cazador no intentará aprisionar de nuevo á un animal inútil; pero si, como es lo probable, el halcon lo olvida todo para lanzarse sin titubear sobre la perdiz ó la liebre, ya forma parte de las aves favoritas del cazador. Repítese esta prueba á caballo, cuidando siempre de que el halcon mate la pieza y se deje encapuchonar despues sin resistencia. Por regla general, el halcon que se muestra más intratable y que más se resiste á recibir la enseñanza, es despues el mejor y más bravo para la caza.

Cuando el halcon conoce y obedece la voz de su amo, sabe si la presa está muerta, y la deja para volar á colocarse sobre el puño ó sobre los hombros del cazador; lo cual se consigue premiando su obediencia con pedazos del animal muerto, la educacion del halcon está terminada.

Los árabes dan libertad á los halcones ántes de la época de la muda; los llevan á todas partes, descubiertos, sobre los hombros ó sobre la cabeza, y en los aduares los dejan durante el día fuera de la tienda, en la percha ó alrededor de la percha.

La caza con halcon empieza en Diciembre. Los árabes del Norte cazan la liebre y la perdiz: los del Sur, la liebre y la avutarda.

Cuando un jefe árabe reúne á sus caballeros para esta caza, los convidados le besan la mano en el momento de partir; montan todos á caballo, los halconeros marchan delante, en una sola línea, los caballeros cubren los flancos, y el jefe y los nobles siguen á retaguardia. Estas cacerías tienen el colorido

de las que daban los señores de la edad media: nobles, villanos, halconeros, cazadores, pajes, lujo, magnificencia, gallardía, todo abunda, de todo hay: sólo faltan las damas.

Salta una liebre: inmediatamente los jinetes forman un ancho círculo, y uno de los halcones queda libre. El halconero persigue á la liebre para marcar la direccion al ave cazadora. Esta gira sobre la víctima, la persigue, cae sobre ella con la rapidez de una bala, y la hiere de muerte. Si la presa burla los ataques del primer halcon, suéltanse los demas y todos la cercan, la acosan y la asesinan. Inmediatamente vuelven á encapuchonarse los halcones, dándoles tan sólo una pequeña parte del animal cazado, pues el halcon, cuando está repleto, se vuelve pesado y perezoso.

Algunas veces la liebre se refugia bajo el vientre de un caballo y esquivo los ataques del halcon que, como no puede caer sobre su víctima más que verticalmente, encuentra un obstáculo en el caballo y se enfurece por no poder lograr el triunfo. Es tal la agilidad de la liebre que, cuando adopta este sistema de defensa, no hay halcon que pueda apresarla, y uno de los jinetes echa pié á tierra y la coge bajo el vientre del caballo.

La caza de la perdiz no tiene tanto atractivo, y á ella y á la de la liebre prefieren los árabes la caza de la avutarda.

Los jefes indígenas reúnen para cazar la avutarda una comitiva de doscientos á trescientos caballeros, lo cual demuestra el entusiasmo que inspira esta cacería.

La avutarda se encuentra siempre en bandadas de diez á treinta, y cuando está posada en tierra no huye hasta que los cazadores se hallan á muy corta distancia. Cuando se suelta el halcon, la bandada procura ocultarse como las liebres, y no echa á volar hasta que el halcon ha escogido su presa. Esta, desde el momento en que se ve amenazada, no intenta huir y se entrega al sacrificio salvando la vida de sus compañeras. El hecho es tan notable como exacto.

Así que las avutardas toman el vuelo, lánzanse tras de ellas los halcones, y entónces comienza la lucha que tiene verdadero interés.

Unas veces la avutarda se eleva en línea vertical procurando mantenerse siempre más alta que su perseguidor; otras, huye siguiendo una línea paralela á la tierra. El halcon la persigue hasta herirla en los ojos ó inutilizarla un ala, sucediendo con frecuencia que víctima y verdugo caen unidos desde mucha altura, y mueren ambos del golpe dado en el suelo.

Es tanta la rapidez y resistencia del vuelo de la avutarda y el encarnizamiento con que es perseguida por su enemigo, que hay halcon que, volando tras de su presa, recorre un espacio de treinta, cuarenta y cincuenta leguas.

La caza con halcon es para los árabes un acto de lujo y de grandeza. El que posee muchos halcones, se acredita de poderoso y es mirado con respeto por sus compatriotas. Así no es raro ver á muchos cazadores que, á caballo, á pié, y para ir á cualquier parte, llevan su halcon sobre la cabeza ó sobre los hombros.

CAPITULO XI.

De cómo debajo de una tarjeta puede ocultarse
el mayor hablador de Francia.

Blidah, 12 de Marzo de 1861.

Estoy como enclavado en esta tierra musulmana, que no me canso de admirar.

La dominacion francesa ha podido influir algo en las costumbres públicas de los argelinos, pero muy poco en las privadas. El pueblo moro siempre es el mismo: vencido, pero no humillado; sufre con estóica resignacion el yugo del vencedor, pero sin aceptar las ventajas que le brinda la civilizacion europea importada en Argelia á cañonazos.

La sencillez, la monotonía del carácter musulman tienen para mí un encanto incomparable: miro, admiro, y no me canso de admirar: ¿qué?: algo recóndito y desconocido que se adivina á través de esa sencillez; algo que subyuga y atrae el pensamiento del filósofo.

Pero creo oportuno suspender estas reflexiones y pasar al terreno de los hechos.

¿Qué he hecho aquí hasta ahora? Vagar de uno á otro lado; vivir sobre el país, merced á mi calidad de forastero, y verlo y escudriñarlo todo, hasta el

punto de hallar debajo de una tarjeta á mi nuevo amigo Armando Texier.

He aquí la relacion del suceso:

Despues de un largo paseo por los alrededores de Blidah, sentéme á descansar en un peñasco, pero al sentarme ví sobre la piedra una cartera abierta, y en la cartera varias tarjetas: me apoderé de ellas con febril curiosidad, y leí la primera: tenia grabado un nombre y un apellido, en lengua francesa.

—«Armando Texier», dije leyendo en voz alta.

—Presente, contestó una voz, tambien en francés.

Y como salido de debajo de la tarjeta, salió de detrás del peñasco un hombre jóven, de fisonomía franca y simpática, vestido con traje europeo.

—Bien venido, dije en la misma lengua.

—Salud, contestó el aparecido.

—¿Sois francés, por lo visto?

—Sí; y vos, aunque africano, hablais con bastante soltura la lengua de mi patria.

—El hábito no hace al monje.

—¿Por qué lo decís?

—Porque no soy africano.

Y referí á Texier mi historia desde que entré en Marruecos.

—Me sorprendeis agradablemente con vuestro relato, dijo Armando despues de haberme interrumpido veinte veces durante mi narracion.

—¿Y vos?, dije.

—Mi historia es muy sencilla: soy un parisien que tiene tres desgracias y una fortuna.

—¿Cómo?

—La primera desgracia es que tengo un carácter

que no me permite estar quieto cinco minutos y que me hace variar constantemente de país, de clima y de costumbres.

Y diciendo ésto, Armando se cogía de mi brazo y me hacía caminar en dirección de un aduar inmediato.

—Veamos la segunda desgracia.

—La segunda es que tengo dinero para satisfacer los caprichos de mi carácter.

—¿Y á eso llamais desgracia?

—Sí: desgracia terrible; porque así puedo tener la seguridad de que moriré léjos de mi país, quizá entre los dientes de una fiera, ahogado por el calor ó sepultado entre la nieve.

—¿Y la tercera?

—¡Oh!, la tercera es un tío.

—¿Un tío?.....

—Sí; ¿quién no tiene un tío? La cosa no puede ser más vulgar, pero lo que puedo aseguraros es que no hay otro tío que pueda compararse al tío de mi corazón.

—¿De vuestro corazón? ¿Le amais, pues?

—Sí, le amo, por carambola: es decir, que á quien yo amo es á su hija, á mi encantadora prima, á la más bella de todas las primas que tienen primos.

—¿Y qué impide vuestra felicidad? ¿No os ama? ¿Es casada?

—Me ama y es soltera; pero su padre, su fiero padre, su verdugo padre ha jurado no entregarme la mano de su hija más que mediante una condición.

—¿Cuál?

—Mi tío es naturalista, pero naturalista insufrible,

desesperador, y se empeña en que yo he de buscar una hormiga que le falta para su coleccion formical, que es la más completa de todas las colecciones presentes, pasadas y futuras.

—¿Y esa hormiga?

—Es la hormiga purpúrea, una hormiga soñada por mi tío, una fatal hormiga que no encontraré jamás, á ménos que la casualidad me la depare, si así lo quiere la divina misericordia. ¿Comprendéis ahora mi desdicha? Si no tuviera tío no tendria prima ni necesidad de buscar hormigas. Si no tuviera dinero, no podria buscar la realidad de los sueños de mi tío. Y si no tuviera este carácter, ni el dinero, ni el tío, ni la prima me harian correr como un loco en busca de lo que acaso no existe.

—¿Y la fortuna?

—¡Ah! La fortuna es que poseo un génio alegre, y una lengua incansable: cuando no tengo de qué reir, me rio de mí mismo, y cuando no puedo hablar con nadie, hablo solo.

—¿Y cómo anda la coleccion de hormigas?

—Ahora estaba acechando á la puerta de un agujero, cuando me habeis sorprendido. Ved este estuche que llevo en la cartera que os ha hecho descubrirme: aquí llevo las que he cogido esta semana, pero en Blidah tengo un cajon con once mil quinientas ocho hormigas que, miradas al sol, pueden parecer purpúreas.

—¿Pero ninguna lo es?

—Ninguna, amigo mio: en vano he corrido medio mundo, desde Spitzberg al Himalaya, y desde las Canarias al Líbano. Me consuelo con coger todas las

que encuentro algo semejantes á la que busco, pero no me presentaré á mi tío sin llevar en la mano la hormiga purpúrea.

Y sin cesar de hablar, ni dejarme tomar la palabra, Texier continuó hablándome de su tío, de su prima y de la hormiga durante dos horas.

Llegamos á un aduar inmediato á Blidah, y Armando, aprovechándose de su calidad de francés que le hacia respetable á los árabes, me instó á que le acompañara á comer en la tienda de un jefe de tribu que le conocía poco, pero lo bastante para convidarle, á la más pequeña insinuacion. Acepté, y la amistad de Armando Texier y de Pedro Sousa, quedó sellada para mucho tiempo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XII.

**La hospitalidad árabe.—Un convite en Blidah.—
El luto mahometano.—El plato nacional.—
Guerra y amor.—La noche en el aduar.—Los
perros árabes.**

Aunque la hospitalidad árabe existe, todo viajero puede convencerse de que los árabes practican varios géneros de hospitalidad. Unas veces reciben con buen deseo al que llega á su tienda, le dan lecho y alimento y le despiden sin impaciencia; otras, la imposibilidad de oponer resistencia á los que le exigen abrigo, les hace parecer amables; y otras, el que da la hospitalidad es el que despluma al que la recibe, si éste se presenta solo, sin armas y llevando consigo alguna prenda de mediano valor. Esto no sorprende á nadie, porque todos saben que el árabe roba siempre que puede.

Afortunadamente, la hospitalidad que íbamos á pedir Armando Texier y yo, era de las ménos penosas, porque á parte de la calidad de francés que tenia Armando, llevábamos algunas provisiones y cuatro ó seis baratijas que siempre son recibidas con entusiasmo por los árabes.

Llegados al aduar, hablamos con el jefe de la

tribu y nos conquistamos su aprecio regalándole un brazalete de metal con cuentas de coral, para su mujer favorita. Inmediatamente se desocupó la mejor tienda y se preparó la comida, sirviéndonos de antemano leche de ovejas y dátiles; y más tarde, para entretener el tiempo, galletas redondas muy compactas y tostadas, de un sabor bastante agradable.

Los parientes del jefe y los principales de la tribu acudieron á visitarnos; nos saludaron, se sentaron en círculo á nuestro alrededor, fumamos, y aunque hicimos algunas preguntas ninguno de los árabes nos contestó, segun la costumbre que siguen en estos casos. Con cierta cortesía examinaron nuestras armas, nuestros trajes y nuestras provisiones, y uno á uno salieron de la tienda desapareciendo como sombras.

Por la tarde se nos sirvió la *diffa* (1).

El anfitrión, á pesar de nuestras instancias no permitió sentarse á nuestro lado, porque la etiqueta árabe se lo prohíbe, y permaneció á cierta distancia cuidando de que la mesa estuviese bien servida. Esta cortesía del árabe nos agradó sobremanera, porque estaba de luto hacia dos meses por una de sus mujeres, y el luto mahometano consiste en no lavarse ni mudar de vestido durante un año. Para el árabe, acostumbrado á hacer diarias abluciones y á bañarse continuamente, el luto es un verdadero sacrificio; pero no lo es ménos para las narices de los que tienen que tratar al enlutado.

La *diffa* se compuso de los manjares siguientes,

(1) La comida de convite.

La *cherva*, puré de albaricoques mezclado con cebolla y con una gran dosis de pimienta, capáz de abrir el apetito del estómago más indiferente. El plato nacional, ó sea el *kouskous*, especie de sémola cuidadosamente cocida al vapor, y que se sirve en forma de pirámide, dentro de una copa de madera parecida á las antiguas copas romanas; adórnase este plato con guisantes, huevos duros y algunas legumbres, coronándolo con un gran trozo de carnero asado, que se quita en seguida para verter en el hueco que deja un caldo llamado *margah*, tan cargado de especies que abrasa la garganta más fuerte. Siguió un plato de lomo de carnero con un relleno de huevos, bastante bien condimentado. Y terminó la comida con café y unas conservas azucaradas, lo cual fué un gran lujo, porque hay árabe que en toda su vida no ha comido ni ha visto un terron de azúcar. Después se nos presentó una pipa turca provista de dos largos tubos flexibles, rematando en boquillas de ámbar, y sumergida en un globo lleno de agua; en tanto que su hogar encendido exhalaba un perfume delicioso.

Volvieron á entrar y á sentarse los amigos y los parientes del jefe, y un cantor de la tribu nos recitó varias composiciones, de las cuales tradujo las dos siguientes:

Canto de los Duaich.

«Golpea, *Duaich*, golpea los lienzos de la tienda
de tu hermano y de tu amigo.

» ¡Arriba los infantes! ¡A caballo los jinetes!
» Los *Trarza*, nuestros mortales enemigos, se acercan

»sable en mano, arrastrándose por entre los jarales
»que rodean nuestro campamento.

»¡Alerta, *Duaich*! Ellos vienen á hacer con noso-
»tros lo que nuestros padres hicieron con los suyos.
»¿Os acordais? Los suyos habian hecho una *razia* (1)
»en nuestro aduar. Los nuestros fueron á buscarlos
»despues de media noche, arrastrándose por entre los
»jarales, como ellos se arrastran ahora. Los *trarza*
»dormian con el sueño del triunfo, y sus jefes se
»regocijaban alrededor del plato de *kouskous*. Eran
»doce, y doce eran los nuestros. Los brazos se adelan-
»taban hácia la tajada de carnero, cuando de repente
»cada brazo encontró un brazo que le detuviera, cada
»cabeza encontró un cuchillo que la separára del tron-
»co. Un minuto despues, alrededor del plato de *kous-*
»*kous* habiaformadas en círculo doce cabezas. Ningun
»*trarza* comió la tajada de carnero.

»Fué un golpe maestro, una venganza digna de
»nuestros padres. Pero he ahí que los *trarza* tienen
»envidia y vienen á imitar la venganza de nuestros
»padres. ¡Arriba, *Duaich*! ¡A caballo los jinetes! Pero
»silencio, silencio y atencion. ¿Oís? Ya se acercan, ya
»aparecen..... ¡Haé! ¡haé! Conteste á su grito nuestro
»grito, á su hierro nuestro hierro. ¡Haé! ¡haé!

.....
»Huyeron. ¡Vergüenza á los *trarza*! Se han de-
»jado armas, albornoces y cadáveres. ¡Oh! Ellos
»buscaban el plato de *kouskous* y se han encontrado
»las hojas de yatagan.

»*Duaich*, desmonta y vuelve á tu aduar. En

(1) Ataque imprevisto, rápido y destructor.

»mucho tiempo no tendrás que golpear los lienzos de
»la tienda de tu hermano y de tu amigo, y *Sidjil* (1)
»escribirá la accion de esta noche en el lado bueno
»de tu pergamino».

Sus trenzas.

»Negras como las alas de Eblis, negras como la
»pena, negras como la maldicion.

»Negras, más negras que sus enojos eran sus
»trenzas sedosas y pobladas.

»¡Con qué placer las tejía y las destejía! ¡Qué
»hermosa guirnalda formaban sobre su frente!

»Cada cabello de sus trenzas me arrancaba una
»palabra de admiracion, un suspiro, un pensamiento.

»Sus cabellos sentian: sentian el contacto de mis
»dedos abrasados por el fuego del amor, y temblaban,
»y temblando se enredaban en mi mano.

»¡Ay de mí! En ellos dejé enredadas las glorias
»de mi corazon.

»Ella murió, y murieron sus trenzas, y siento que
»alguna cosa ha muerto en mí.

»¿Por qué, trenzas ingratas, no os ceñisteis á mi
»cuello para darme la más dulce de las muertes?»

(1) Angel encargado de escribir todas las acciones del hombre sobre un largo pergamino, que enrolla á su muerte. Al espirar el moribundo, el ángel le abandona.

Después de media noche se despidieron los contertulios, y Armando y yo quedamos solos. A duras penas pudimos dormir, porque hasta las primeras horas de la madrugada en los campamentos árabes hay un ruido infernal. Las risas y el hablar estridente de las mujeres se mezclan á los relinchos de los caballos, al balido de las ovejas y á los aullidos frenéticos de los horribles canes guardadores del aduar. Pero de todo esto el árabe no tiene conciencia, y se asombra extraordinariamente si se le dice que él ó sus animales hacen ruido. Cuando un árabe tiene que hablar á otro á media noche, siempre lo hace á gritos, y parece que cuanto mayor es la algarabía se encuentra más satisfecho. Sin embargo, cuando los árabes necesitan guardar silencio porque lo exijan así las empresas que intenten, entonces el árabe y aún su caballo no hacen más ruido que el que pudiera hacer una sombra.

He hablado de los horribles canes guardadores del aduar, y en efecto, sólo les cuadra el adjetivo horribles. Tanto por la escasez de alimento como por los palos que reciben como único agasajo, son verdaderas fieras, más temibles á veces que las hienas y chacales. Tienen cariño al aduar; pero no al hombre, á quien pagan los palos con dentelladas, y los huesos con gruñidos. De noche es muy peligroso aventurarse á pasar solo por entre los perros. En más de una ocasión se devoran unos á otros, y los instintos sanguinarios se desarrollan en ellos con tanta intensidad como en el lobo y en otros animales que poseen innato el instinto de destrucción.

CAPÍTULO XIII.

**La propiedad en Argelia.—Tolbas y morabitos.—
Los mahboul.—Por una hormiga.**

Armando Texier me hizo observar con más detenimiento ciertos detalles del carácter y de las costumbres de los árabes de Argelia.

A pesar de la imperfección del cultivo que dan los árabes á la tierra, los propietarios de un terreno sembrado de cereales obtienen ganancia de un treinta por ciento del capital empleado. Esto consiste no sólo en la feracidad del suelo, sino en el modestísimo salario que exige el kabila labrador.

El propietario arrienda la tierra al obrero con la condición de que los productos serán repartidos de este modo: cuatro quintas partes para el amo, y el resto para el quintero, llamado *khammas* (1), ó cultivador de la quinta parte. Una *sarmia* ó anticipo en metálico hecho al quintero por el señor, constituye su compromiso recíproco, y suministra al primero los medios con que vivir él y su familia hasta la época de la recolección.

(1) De la palabra árabe *khamse* (cinco).

El *khammas* recibe tambien el par de bueyes necesario para la labor de las tierras que le son confiadas.

Se llama *zouidja* el espacio de tierra que puede labrar en el año un par de bueyes, y este espacio varia de seis á ocho hectáreas.

La tierra debe ser labrada dos veces por lo ménos, y tres si el año anterior era barbecho.

El árabe trabaja todo el dia sin desuncir el ganado, y si cae enfermo tiene obligacion de pagar otro bracero que le reemplace. Tambien está obligado á construirse una cabaña que pertenece al señor, y éste designa el sitio en que ha de fabricarla.

Las leyes de la propiedad, así como todas las demas leyes, pierden su fuerza entre los árabes cuando se trata de clases superiores. Entre estas figuran en primer término los *tolbas*, los *morabitos* y los *mahboul*.

En cada tribu hay un *tolba* (letrado) que enseña á leer y escribir. ¡Cosa rara! El pueblo árabe, este pueblo atrasado y embrutecido, se distingue del pueblo moro, del pueblo kabila que le rodean; y respecto de la primera instruccion, ocupa uno de los primeros puestos entre las naciones más civilizadas de Europa. Los árabes no tienen educacion científica, pero todos saben leer y escribir. Los *tolbas* encargados de esta enseñanza, son objeto de muchas distinciones y abusan impunemente de algunas leyes.

El *morabito* ó *marabout* es un santo hombre, que desentendiéndose voluntariamente de los intereses terrenales, forma con Dios el compromiso de no vivir más que para él. Dios paga este sacrificio con dones

maravillosos. Privilegios de todos géneros, el respeto y la sumision de los fieles y una grande influencia temporal, son los bienes inherentes al ejercicio de esta profesion. En todos los momentos críticos son consultados los morabitos, y sus decisiones pasan por oráculos. Ellos excitan á las poblaciones para que odien á los cristianos y se lancen á la guerra santa. Cada uno de ellos dice haber recibido de Alah, en recompensa de su vida virtuosa, el don de hacer milagros, y venden á buen precio multitud de amuletos para toda clase de dolencias y de desdichas.

Como prueba de la fe que saben inspirar los morabitos, citaré la leyenda que uno de estos refirió á los árabes para explicar la existencia de unos manantiales termales situados cerca de Mascara y conocidos con el nombre de *Hammanben-Emesia*. Esta leyenda se cree y se cuenta por los árabes con una formalidad que asombra:

«El gran rey Salomon se habia construido durante su vida, en toda la superficie de la tierra, baños cuya guarda estaba confiada á unos diablos sordos, mudos y ciegos. Despues de dos mil años, estos diablos bañeros continúan calentando el agua para los baños del gran rey, porque á causa de su triste enfermedad nadie ha podido hacerles comprender que Salomon ha muerto; y es muy probable que continúen calentando los baños hasta el fin de los siglos.»

Aún hay otra clase de hombres que disfrutan entre los árabes todo género de licencias: los *mahboul* (locos). *¡Ada mahboul!* (1), es un pasáporte con el que

(1) Este hombre está loco.

todo ciudadano privado de razon, puede entregarse impunemente á todas las excentricidades, seguro de no obtener más que muestras de veneracion y aprecio.

Los que tienen la dicha de ser locos de atar, ascienden de un golpe á morabitos y son colmados de bienes y dignidades. Se hacen hospedar donde quieren, roban lo que les agrada, tiranizan á los hombres y abusan de las mujeres. El colmo de su grandeza es la locura furiosa. Tienen sueños proféticos; se lanzan á la predicacion; extienden sus dedos delante del vulgo, y afirman que pueden convertirse en otros tantos rayos de la cólera celeste; y en suma, anonadan é intimidan á los más bravos y á los más tenaces.

Durante nuestra permanencia entre los árabes, Armando Texier continuó hablando por tres y corriendo por seis en busca de la hormiga purpúrea. Su coleccion aumentaba prodigiosamente; pero miradas al sol ó miradas á la sombra, todas diferian bastante de la hormiga soñada por el tio de Armando.

Hace tres dias, mi nuevo amigo me invitó á acompañarle en una de sus expediciones. Buscábamos tranquilamente al rededor de los hormigueros lo que no esperábamos encontrar, cuando Texier dió un grito, luego un salto, me enseñó un microscópico resto de hormiga, y exclamó:

—¡Eureka! He aquí un átomo de la hormiga purpúrea, de la verdadera, de la legítima, de la extraordinaria hormigá purpúrea.

—Pero hombre, si apénas puede distinguirse.....

—Decís eso porque aún no teneis acostumbra la

vista. Yo veo perfectamente una pata de hormiga purpúrea. Y es de inferir que el hormiguero de las de esta especie, debe encontrarse por estas inmediaciones. Buscad, amigo mio, buscad, y yo buscaré tambien con doble ardor. ¡Oh, bienhechora hormiga! ¡Oh, tio de mi corazon! ¡Oh, prima de mi alma!

Y Armando, sin dejar la palabra, empezó á correr de uno á otro lado, á revolver la tierra y á escudriñar con verdadero furor.

Por fin, despues de dos horas de investigaciones inútiles, volvimos á nuestro albergue. Llegó la noche, nos acostamos, y cuando desperté al siguiente dia, Armando no estaba en su lecho. Junto á mi cabecera encontré la siguiente carta:

«Amigo mio: no he logrado conciliar el sueño: la »hormiga purpúrea me hace saltar de la cama, y en »este momento acabo de preparar mi maleta para »correr en busca de un hormiguero que estoy seguro »de encontrar cerca de aquí. No lo he soñado, porque »en toda la noche he podido dormir. Luego esta »creencia debe ser un efecto intuitivo, y yo tengo »mucho fe en los presentimientos. No quiero desper- »taros. Volveré pronto, ó no volveré por ahora. Mi »equipaje queda en sitio seguro. Cuando torneis á »estrechar mi mano, tendré la hormiga purpúrea, »tendré el afecto de mi tio, y la mano de mi prima. »Adios; hasta la vuelta.»

ARMANDO.

Inútil es decir que salí en busca de mi amigo,

que le busqué, que le llamé á gritos, que recorrí cuatro ó seis leguas de terreno, y que al dia siguiente repetí la misma operacion; pero todo ha sido en vano. Armando Texier ha desaparecido. Creo que la hormiga purpúrea le ha trastornado la cabeza. ¡Qué cosas hace el hombre por la mujer! Mejor dicho: ¡qué cosas hace el amor!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XIV.

El Sahara.—El mar Sahárico.—La estepa. —El desierto de arena.—El simoun.—Los Oasis.— Los agricultores del Desierto.

El Areg, 14 de Mayo.

Inútiles fueron todas mis pesquisas para encontrar á Armando Texier. Como quiera que ningun interés me retenía en Argelia, tanto por seguir mi viaje cuanto por ver si la casualidad ponía en mi camino al viajero francés, me despedí de la Argelia, y me encaminé hácia el Sur.

Después de una larga jornada hice noche en un pequeño aduar que encontré al paso. Continué mi marcha al amanecer del día siguiente, anduve mucho con la esperanza de hallar algun asilo para pasar la noche, pero ésta llegó, y desesperando de encontrar albergue, hice alto junto á un arrayan enorme; dispuse mi lecho con algunas ramas, me acosté cubierto con el albornoz, y dormí hasta el siguiente día, ignorando en qué sitio me hallaba.

Los primeros rayos del sol me despertaron; me incorporé, y mis asombrados ojos se fijaron en una vastísima llanura que se extendía á mi frente. Era el desierto de Sahara (*Ssahhará*).

Nada más grande, nada más hermoso, nada más

imponente. Soledad inmensa, silencio profundo, extension infinita. El cielo tiene estrellas, tiene nubes: el mar tiene olas, tiene rumores: el desierto tiene oasis. El cielo encanta y admira: el mar embriaga y asombra. El desierto sorprende, deslumbra y anonada. Mirando el desierto se confiesa el poder de Dios, se concibe la inmortalidad, se piensa en la muerte. Arenas que forman llanuras, arenas que forman colinas, torbellinos de arena, arena en todas partes: polvo solo; imagen del no sér. Pero allí, á lo léjos, se ve un punto negro destacándose sobre una línea negra: es una palmera en medio de un oasis: es el manjar que fortifica, el licor que refresca, el consuelo del hambre y de la sed: la imagen de la vida brotando en el recinto de la tumba.

¿Qué es el Sahara? El fondo de un mar que ha quedado seco. Este acontecimiento, geológicamente considerado, no es antiguo porque es posterior á la aparicion de los terrenos terciarios. Cuando ocurrió ya existia el Mediterráneo, puesto que se encuentran en el Sahara conchas y moluscos de los que aún existen en aquel; el suelo impregnado de sal marina, está formado de sulfato de cal y de arenas acarreadas por los rios que se pierden en el golfo Sahárico. *Chotts* ó lagos salados, cuyo nivel es inferior al del Mediterráneo, son los restos de este mar interior. El último de estos *chotts* es el lago Fejej que dista 16 kilómetros del mar: roto este istmo, el Sahara sería el Báltico del Mediterráneo.

¿Por qué desapareció el mar Sahárico? Porque á causa de la escasez de las lluvias y de la poca elevacion de las montañas, cuya cúspide está cubierta

de nieve muy pocas veces, los rios que desembocan en dicho mar no traian agua en gran cantidad ni de modo continuo. Esta agua, añadida en invierno á la masa existente, se evaporaba bajo la influencia de un sol tropical, de una sequía de ocho meses y de los fuertes vientos que soplaban del N. y del S. Además, los afluentes cuyo escaso tributo era insuficiente para mantener el nivel del golfo, depositaban en su seno enormes cantidades de arena, arcilla y piedra que se acumulaban en la embocadura del golfo. Bajo la influencia de las corrientes que reinaban entónces, la abertura se estrechó poco á poco, un cordon litoral de 16 kilómetros de latitud se interpuso entre el Mediterráneo y su prolongacion, las aguas se evaporaron y quedó su fondo más bajo que el del mar, y seco. Otros cordones litorales separaron las diferentes cuencas que son hoy los *chotts* Melizr, el Hadjila, el Gramis, el Farum y el Fejej, que se comunican entre sí y forman un lago de 176 kilómetros de anchura. Si el Atlas tuviera la elevacion de los Alpes, todas las cumbres que escudiesen de 3.500 metros estarían cubiertas de nieve casi todo el año; grandes neveras llenarían los barrancos cercanos á las crestas y descenderían á los valles; los torrentes no continuos serían rios caudalosos; las nubes empujadas desde el Mediterráneo por los vientos N. O. se detendrían en las cumbres nevadas, resolviéndose en lluvia; las pérdidas causadas por la evaporacion, se repararian pronto, y el desierto de Sahara no existiria.

Tiene el Sahara 4.500 metros de longitud, de E. á O., y 1.400 de N. á S. Su superficie es ocho veces

mayor que la de Francia, y forma el desierto más grande del mundo.

En su parte septentrional existen algunos territorios montañosos que no carecen de vejetacion, pero el interior sólo ofrece inmensas llanuras de arena.

El desierto, uniforme á la vista, no lo es tanto cuando se le examina con algun cuidado: los geólogos franceses señalan tres grandes divisiones; la estepa, el desierto de erosion, y el de arena. La superficie del primero está formada de capas horizontales de arcilla y de yeso; éste, que aparece en la superficie exterior, es una formación de capas justa-puestas, que le asemejan á un empedrado regular, tan fuertemente unidas, que pueden rodar carruajes sobre ellas. Una vejetacion agostada durante el verano y verde despues de las primeras aguas de invierno, las cubre enteramente.

El desierto de arena representa un mar solidificado durante una violenta tempestad. Montes de arena, semejantes á las ondas, se elevan uno tras otro hasta los límites del horizonte, separados por estrechos barrancos que representan las depresiones de las grandes olas del Océano, cuya figura, bajo todos aspectos, imitan exactamente.

Aunque el más ligero soplo de viento arrastre la arena de su superficie, estos montes no desaparecen ni varian de forma. La accion de aquellos es, sin embargo, inmediata; al menor soplo se ve una nube de arena correr por los valles, remontar la pendiente de las colinas, coronar las crestas y caer al otro lado. Aquí desaparece toda vejetacion: marchando por entre las dunas no se ve nada. Llegando á la cima,

el desierto sin límites aparece ante el viajero. El sol, suspendido en medio de un horizonte circular como el del mar, parece el único ser viviente en medio de esta naturaleza inanimada.

Dos vientos reinan en el desierto; el N. O. y el S. ó Simoun. Sus efectos se equilibran tan perfectamente, que el uno trae la arena que el otro arrebató; de manera que la montaña queda en el mismo sitio y vuelve á la anterior forma.

Cuando el tiempo está claro, nada hay más fácil que dirigirse á través del desierto; pero cuando el Simoun sopla, el aire se cubre de una arena tan fina, que se tamiza á través de los objetos más herméticamente cerrados; penetra en los ojos, en los oídos y en los órganos respiratorios. Un calor semejante al que sale de la boca de un horno, abrasa la atmósfera y quebranta las fuerzas de hombres y animales. Acurrucados en la arena, con la espalda vuelta al viento, los árabes, envueltos en sus albornoces, esperan con calma fatalista el fin de la tormenta; sus camellos, jadeantes y postrados, extienden sus largos cuellos sobre el abrasado suelo. Visto á través de esta nube polvorienta, el disco del sol está pálido y se asemeja al de la luna. Tales tormentas entierran á veces caravanas enteras. Se siente temor con sólo pensar en internarse en tan vastas soledades, en subir y bajar incesantemente sobre la arena movediza que se desmorona bajo el pié del hombre y de los caballos, y en la que la ancha planta de los camellos no deja más que una ligera impresion.

Esta tierra de desolacion está, sin embargo, habitada. En medio de este mar amarillento aparecen

de vez en cuando puntos negros que poco á poco van tomando forma á los ojos del viajero que se aproxima: son los oasis formados de palmeras que parecen á cierta distancia una selva continua; pero que realmente están plantadas en líneas paralelas, en huertas separadas por paredes de barro atravesadas de agujeros para dejar paso al agua.

La existencia del oasis no supone la del agua en la superficie del suelo: en la estepa, unas partes están regadas por arroyuelos ó por algun manantial abundante; en otras, por pozos naturales ó artificiales; en el desierto de arena no están regadas, existiendo porque las raíces de las palmeras plantadas en el fondo de cavidades cónicas penetran hasta la sábana de agua que las alimenta.

El lindero que deja la tierra arrancada en los oasis para construir los muros de las huertas, sirve de calle y de cáuce para las aguas que descargan en algun *chott*, ó que forman marismas que la incuria musulmana no cuida de secar. Las calenturas que éstos focos de infeccion producen, diezman anualmente las poblaciones árabes. Compréndase bien que un oasis sea una fortaleza; cada cuadro de huerta es un reducto; las balas de cañon se empotran en sus muros de tierra; si los atraviesan, abren una trónera por donde el árabe asoma luego el fusil para disparar sobre el enemigo. Así se explica cómo en 1849 la toma de uno solo, el de Zaatcha, costó á los franceses ciento cincuenta y dos dias y la pérdida de 900 soldados y 60 oficiales. Todas las aldeas están circunvaladas de muros y torreones que recuerdan los de la edad media.

En el desierto de arena distínguense aquí y allá copas de palmeras, cuyos troncos están invisibles; se cree que es una ilusión ó un efecto de espejismo; se adelanta hácia ellas, y las copas se destacan mejor; pero los troncos no aparecen. Por fin se ve que las palmeras están plantadas en un barranco de ocho ó diez varas de profundidad. La arena está levantada por todos lados; débiles estacadas, hechas con hojas de palmeras plantadas en la cima de los montones, la detienen en algunos puntos; en otros, cristales de yeso de todas formas y tamaños, alineados, contribuyen también á fijar un poco la arena. En el fondo de estos hoyos las palmeras están plantadas sin órden alguno; pero no es ya la esbelta palmera del oasis, son árboles de tronco cilíndrico, corto y grueso que tienen á algunos metros del suelo palmas de tres metros de largo y una corona de racimos de dátiles. Estas palmeras son objeto de grandes cuidados. El laborioso habitante del Suf abre en la arena la hoya en que ha de plantarlas y forma á su alrededor un terraplen circular de 6 á 12 metros de alto. Las raíces de la palmera llegan así directamente á la sábana de agua que se encuentra á poca profundidad en toda esta comarca.

No se limitan á esto los cuidados de que los árboles son objeto. Los habitantes recorren los trayectos frecuentados por las caravanas para reunir el estiercol de los camellos, que ponen al pié de los árboles. De este modo la palmera se cultiva como un frutal. Los dátiles maduran en dichas cavidades al abrigo del viento y de los rayos del sol, bajo la influencia de un calor sin luz; pero tanto más eficaz cuanto que

es reflejado de todas partes por los taludes arenosos que le rodean. El fruto crece y madura bien; pero esta única cosecha sólo se obtiene á fuerza de constantes trabajos; una racha de viento basta para rellenar la hoya y enterrar los árboles en la arena. El pobre cultivador vuelve á empezar la obra, escava de nuevo su huerto, limpia las palmeras, y torna á comenzar este interminable trabajo siempre que el viento N. ó S. ensamblan los árboles y las plantas que cultiva. Para regar éstas abre un pozo en el fondo de la cavidad, y por medio de un pescante llamado *cabra*, saca un odre que, derramado en una reguera de yeso, conduce el agua á los pequeños cuadros en que vegetan nabos, lechugas, mijo, pimienta, melones y tabaco. Los dátiles y los frutos que he nombrado son el único alimento de los habitantes del Suf, reemplazándose con ellos la moneda; las caravanas los conducen á Tunez, de donde son exportados á Europa. Gracias al órden y á la economía, los habitantes del Suf son más ricos, más limpios y están mejor vestidos que sus vecinos los dueños de fértiles oasis.

Desde Julio á Octubre llueve algunas veces en el Sahara; pero no en toda su extension, pues hay territorios que no reciben jamás una gota de agua. En algunas épocas del año el aire seco y enrarecido conserva la apariencia de un vapor rojizo, tiñendo el horizonte de color de fuego. El fenómeno del espejismo es muy frecuente; á menudo el viajero cree divisar en lontananza ciudades, árboles y lagos, y al acercarse no encuentra más que rocas peladas y llanuras desiertas.

Los mercaderes que van desde Berbería á la Nigricia atraviesan el Sahara formando caravanas que

llegan á reunir 2.000 personas y casi igual número de camellos. La mayor desgracia que les puede acontecer y la que más miedo infunde es que el calor seco de determinados vientos evapore el agua que llevan en odres y la de los manantiales de los oasis. En algunas ocasiones han perecido caravanas enteras, víctimas de la sed.

Pero hoy, gracias á las mayores cantidades de agua que han hecho brotar en el suelo del desierto los adelantos de la civilizacion, y gracias á los nuevos oasis y al mejoramiento y ensanche de los antiguos, las caravanas que atraviesan el Sahara tienen más probabilidades de llegar á su destino, aunque siempre teniendo que arrostrar el peligro del simoun y el de los salteadores.

Los oasis más notables del desierto son los de *Tuat*, *Tidikelt* y *Guxara*, al N. O.; al E. el de *Ghat* y el de *Bilma*, y al S. el de *Asben*.

Es de notar que el desierto está dividido en varios territorios por las tribus que lo habitan; los límites se fijan con la mayor precision y se respetan escrupulosamente.

Dichas tribus son: la de los *tuareg*, de que hablaré más adelante, que vive en el centro del Sahara; la de los *tibú*, al E.; y la de los *trarza*, *brakna*, *duaich* y *barabych*, al O.

Casi todas estas tribus, frugales, valientes y nó-madas, viven del pillaje y trabajan lo ménos posible.

Pero veo que hablando del Sahara he olvidado hablar de mí, y aunque lo que me ha ocurrido es poco interesante, dejaré el relato de ello para el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV.

La caza del avestruz.—Tuareg y bereberes.—Los árabes del Sahara.—Herradores, zapateros y veterinarios.—La caravana.

El panoramá del desierto, el cielo, la arena, el silencio y la soledad dejáronme deslumbrado por algunos instantes. Por fin, comprendiendo que no debía exponerme á pasar otra noche al aire libre, y que acaso en muchas horas no podría encontrar un refugio, proseguí mi viaje camino del Sur, andando perezosamente sobre aquel suelo que cedía bajo mis piés y rétardaba mi marcha.

Hubiérame sido difícil dirigirme á través del inmenso arenal; pero la suerte trajo á mi camino algunos árabes que cazaban el avestruz y que se ofrecieron á guiarme.

La caza de dicha ave es, más que caza, una carrera de caballos. Los cazadores, montados en sus veloces corceles, persiguen en dirección contraria al viento al avestruz; y éste, fatigado de correr en un sentido en que el aire entorpece el movimiento de sus alas, vése obligado á volverse cayendo así en poder de sus perseguidores.

Después de asistir á la caza de dos avestruces,

los árabes me condujeron á un lejano oasis habitado por una tribu numerosa que me recibió cariñosamente. Enterados los árabes de mi deseo de explorar el Sahara, me aconsejaron que desistiese de mi empeño ó que lo limitase á recorrer una parte del desierto, y no la más desconocida ni las regiones que son teatro de las rapiñas de los *tuareg*, porque ni el moro ni el extranjero, ni el rico ni el pobre están libres de ser acometidos, saqueados y aún asesinados por los ladrones del Sahara, bandidos los más terribles de la tierra clásica del robo, que es el Africa.

Los *tuareg* (1) (en singular *tarquí*) ocupan las profundidades poco conocidas del desierto, y saquean las caravanas. Montados en sus pequeños dromedarios llamados *mahara* (*mehari*), más ligeros que los otros y que andan sesenta leguas por día, caen sobre los viajeros á quienes sorprenden tumbándose y ocultándose con sus cabalgaduras entre la arena. Cuando no viven de la rapiña ó de la carne de sus carneros, comen la grana de una pequeña planta del desierto mezclada con un poco de cebada; y en caso de necesidad se pasan sin comer ni beber durante algunos días, sin que su energía y su fuerza disminuyan sensiblemente.

Usan un turbante cuyo casquete es muy alto, un sobretodo á la turca y faja de lana. Los hombres van descalzos porque, según dicen orgullosamente, *no andan á pié*. Son de elevada estatura y bien formados, de color blanco, y de manos de una pequeñez

(1) *Velados*. Llevan la cara tapada con una especie de haika negro que no deja descubierta más que los ojos.

extremada. Sus armas, á escepcion del puñal que no abandonan nunca, y que llevan atado á la muñeca, cuelgan de la silla del *mahara*; son: un largo sable de doble filo; un escudo de piel de elefante, un arco de junco, un carcáj de cuero con cubierta, y una lanza cuyo hierro está retorcido y á veces envenenado. Son ignorantes, audaces, valerosos, y sobre todo, ladrones. Aunque profesan la misma religion que los árabes, difieren de estos en muchas cosas: no se unen más que entre sí; se casan con una sola mujer; no ayunan por voluntad, y no hacen abluciones. Hablan el bereber y descienden de los kabilas y *chavias*.

Los *tuareg* y los árabes nómadas viven á costa del viajero y de los bereberes, labradores y sedentarios. El árabe es propietario de los oasis por derecho de conquista: el bereber sólo es dueño de la mitad de los productos. Todos los otoños, en la época de la recoleccion de los dátiles, el árabe planta sus negras tiendas en las cercanías de los oasis y exige su parte de cosecha. Hoy, gracias á la obra de civilizacion inaugurada por la sonda artesiana, los oasis se multiplican, los bereberes, protegidos por las autoridades francesas, reciben un terreno exento de contribucion durante ocho años, se hacen propietarios y comienzan á sacudir el yugo de sus holgazanes compañeros.

Llevo ya muchos dias en este oasis hospitalario, y voy conociendo prolijamente los usos y costumbres de los árabes del Sahara. No existe entre ellos ningun gobierno, propiamente dicho, sino un conjunto de tradiciones y creencias á que cada uno obedece, y que son suficientes para mantener entre ellos una

sociedad en armonía con sus necesidades de todo género, superior á la de sus vecinos del Tell, y que apenas ha variado en el espacio de algunos siglos. Lo que más sorprende es que esta ausencia de gobierno se concilia con una democracia intensa. Los jefes de este país necesitan habilidad, prudencia y política maravillosas para dirigir un pueblo cuyo último pastor quiere conocer los negocios de su país.

Uno de los rasgos característicos de esta singular sociedad sahariana, es el fuero que se concede á ciertas profesiones, puramente materiales, elevadas al estado de funcion social y aún de sacerdocio. En primer término citaré el oficio de *herrador*. El herrador no paga contribuciones: cuando la tribu va al Tell á comprar grano, se echa una derrama para el herrador. No está obligado á dar á nadie alimento ni hospedaje. Tiene derecho á un beneficio que se llama *aadet el maallen*. Al volver del Tell, cada familia le da una *feutra* de trigo y de cebada, y otra de manteca. En la primavera recibe un vellon de lana de oveja por cada tienda. Si se mata un camello para la carnicería, él se lleva la parte comprendida entre la cruz y la cola (excepto la joroba, que es el trozo más codiciado). En las expediciones que producen botin, tome ó no parte en ellas, tiene derecho á una parte de lo conquistado. Finalmente, tiene el don de la vida en los combates. Con las armas en la mano, á caballo, puede ser muerto como los demás; pero si echa pié á tierra, y arrodillándose, imita con los dos extremos de su albornoz el movimiento de un fuelle de frágua, será respetado. En cambio de estos dere-

chos que le enriquecen y le trasforman en una persona sagrada, el herrador está obligado á herrar gratuitamente todos los caballos, con la condicion de que el jinete lleve el herraje, ó pague por él una cantidad ya fijada, pero nunca el trabajo.

El *veterinario* goza de los mismos privilegios, y tiene los mismos cargos.

El *zapatero* no paga ningun impuesto.

Estas tres profesiones son casi las únicas artes y oficios del Sahara, y todas tres son verdaderas *funciones públicas*.

Hoy he visto salir del oasis una caravana que se dirige al Soudan en busca de polvo de oro, pieles de búfalo, marfil y esclavos.

El conductor de la caravana llámase *Khrebir*: él es quien lo dirige y lo dispone todo. Es un hombre de bravura, inteligencia y sagacidad maravillosas. Sabe orientarse por las estrellas; conoce los caminos, los pozos, los sitios donde hay pastos, los peligros de ciertos pasos, los medios de evitarlos, los jefes cuyos territorios hay que atravesar, la higiene, las enfermedades, las fracturas, las serpientes que pueden hallarse y que deben temerse; todo, en fin, lo que es absolutamente necesario, y mucho de lo superfluo.

Despues de que cada cual se arma, hace su aprovisionamiento y carga cuatro camellos, se emprende la marcha *en jueves*, porque el proverbio dice: «*Nunca partais más que en jueves, y siempre en compañía.*»

Aunque son grandes los peligros que tiene que arrostrar una caravana, no son tantos como los que

exagera la preocupacion, sobre todo en lo que atañe á la soledad del desierto. Este se divide en tres partes: en los puntos donde está habitado, recibe el nombre de *fiafi*; donde no está habitado, pero que es habitable, el de *kifar*; y el inhabitable, el de *falat*. Pero la parte habitada es muy extensa, y á muchos centenares de leguas del litoral, el Sahara se halla bastante poblado.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XVI.

La mujer árabe.

Mujeres europeas, y sobre todas, vosotras, mujeres de la península ibérica; vosotras, andaluzas que teneis en las venas no pocas gotas de sangre musulmana, ¿qué diríais si os cupiera la misma suerte que á vuestras hermanas de Africa, á éstas que como vosotras tienen en las venas sangre de la sangre de aquellos musulimes, de aquellos zegríes y abencerrajes que fueron modelo de caballeros, honra del amor y nata de la galantería?

¡Cuán dichosas sois, comparada vuestra suerte con la de vuestras hermanas! Vosotras teneis padres que os aman, que os miman, que os compran el vestido de seda, la mantilla de encaje, los pendientes de coral, las botitas de raso: teneis una reja, un balcon, una puerta, una calle, un templo en donde veis al hombre que desea ser vuestro amante, que os sigue los pasos, que os adula, que os suplica, que á veces os ama: teneis un cofrecito ó un costurero, bajo cuya preciosa llave, cuidadosamente guardada, ocultais el perfumado billete que contiene la declaracion en verso del rubio Arturo ó la peticion en prosa del moreno Federico: teneis un hermoso tiesto de flores

que os da la rosa para el cabello ó el clavel para el ojal de la levita del hombre amado: teneis un loro que dice vuestro nombre, un canario que come en vuestra mano, ó un perro de blancas y rizadas lanas que salta á vuestro alrededor y os acaricia: teneis quizá un lindo portamonedas casi lleno de moneditas de oro, regalo de vuestros papás ó producto de algunas pequeñas sisas: teneis, en fin, otras muchas bagatelas: trajes, juguetes, libros, amigas, amigos tambien, y acaso un abono en el teatro, y quién sabe si una carretela descubierta. Pero aún es mucho más lo que podeis tener: podeis tener un marido; un marido que sea empleado, militar, propietario, literato, tal vez ministro: un marido para vosotras solas, con algunas excepciones: un marido que os compra lo que os compraban vuestros papás, y algo más; que os dá lo que os daban vuestros papás, y algo más; que os presenta á la sociedad, que os dá el brazo, que os lleva á su derecha, que os cede el sitio preferente, que os consulta, que os escucha, que suele daros á guardar las llaves del dinero, y que puede tener costumbre de llevaros á veranear todos los años. Si teneis hijos, podeis cuidar de su educacion, dar vuestro parecer en la eleccion de su carrera, reñirlos, adorarlos, disputar por ellos con vuestro esposo; ser, en fin, para ellos otro tanto que su padre. Además, teneis y podeis tener otras muchas cosas, hijas todas de la consideracion que mereceis al hombre en cuya sociedad vivis: vuestra mision á su lado es digna, es agradable; ni os rebaja ni os molesta. Teneis, en suma, por lo ménos, la mitad de los privilegios que tiene el hombre de Europa.

Veamos ahora los privilegios de que disfrutaban vuestras hermanas de Africa. Hay algunas que tienen un padre rico y cariñoso, que les compra el chal de Cachemira, las ajorcas de filigrana ó la gargantilla de perlas, pero éstas son tan pocas como las europeas que encuentran el marido ministro. Las demás, ó sea la mayoría de las mujeres árabes, tienen lo siguiente: un pobre traje de lana y algun collar de cuentas de vidrio; cuatro paredes sombrías que son la muralla que las separa del mundo; un alimento miserable; la soledad por compañera, y el silencio por amigo. No busqueis en la habitacion de una doncella árabe un solo objeto que sirva de recreo; no busqueis el precioso cofrecillo ni la dorada jálula; buscad la tristeza y la melancolía, que es todo lo que hallareis. Pero esto debe tener un término, y lo tiene. La doncella encuentra un esposo. ¿Lo ha buscado ella? ¿Es el elegido de su corazon? No: se lo han buscado. En cuanto á su corazon, ¿qué le importa á nadie lo que siente? La primera vez que ve al amante ve tambien al esposo. ¿Gusta el amante? ¿No gusta? Es igual: el amante será el marido. La doncella se casa y entra en la morada de su nuevo dueño: ¿qué encuentra allí? ¿Otros trajes, otras diversiones? No: otras mujeres que la ayudarán á compartir el exíguo cariño y los malos tratamientos del esposo comun á todas. Y dado caso de que la pobreza del marido no le permita tener más que una esposa, ésta sufrirá más directamente las desdichas de su nuevo estado. La mujer es para el árabe un mueble más en la casa, una esclava que se daría por muy satisfecha si obtuviera lo que obtiene el falderillo de una mujer europea. La mujer árabe no

puede aconsejar, no puede hablar á su marido mientras éste no se digné preguntarla; y no se digna casi nunca. El árabe tiene su caballo, sus perros, sus armas, acaso sus halcones, y con todo esto goza, se distrae, vive la mayor parte del día fuera de su choza ó de su tienda: para su mujer queda el trabajo, pero no sólo el trabajo moderado de los quehaceres de la casa, sino el de las rudas faenas del campo, el que en Europa se reserva á los gañanes, á hombres curtidos por la fatiga y las privaciones. Así es que la mujer árabe pierde rápidamente sus encantos y vive fuerte y saludable, pero enjuta, triste, encerrando un corazón herido de muerte dentro de una piel tosca y grosera. ¿Qué revela en la mujer árabe los atractivos y las dulzuras de su sexo? Nada: todo lo más, unos ojos grandes, rasgados, de mirada intensa y profunda, en la que el fuego de las pasiones está apagado con el embrutecimiento producido por un excesivo y constante trabajo material. ¡Pobre criatura, nacida para amar y ser amada, y que arrastrada por una mano tiránica atraviesa la senda de la vida entre lodo y guijarros, de rodillas, lastimándose el cuerpo y dejándose una á una, desgarradas en las espinas del camino, las más dulces ilusiones del alma!

¿Y quién es el verdugo de esta víctima inocente? El musulman, el árabe, el hombre guerrero, altivo, digno y caballeroso: el que nada teme, el que nada admira, el que á nadie niega la hospitalidad, el bravo, el sufrido, el impresionable, el poeta. El que fuma ópio para soñar con el amor, el que sueña con las huries de los cielos de Mahoma, el que muere contento porque espera gozar de otro mundo en

donde hay eterna luz velada por eterno manto de verdura, frescas aguas, deliciosos frutos y mujeres hermosas, puras, ardientes, de mirar voluptuoso de indolente sonrisa, de fresca tez, de purpurinos lábios; de cuerpo de ángel, de alma sensible y enamorada.

¿Cómo es posible que al lado de hombres semejantes ocupe la mujer un puesto tan miserable? Si; es posible: porque la religion y las creencias del musulman no le hablan al espíritu; le hablan á los sentidos; le hacen ambicionar el goce material poetizado, idealizado hasta donde puede idealizarse la materia, pero no le tocan al alma.

Por esta razon el árabe no ve en la mujer más que la forma, la hechura del barro, sin cuidarse para nada del aliento divino que reside en la criatura. Ama á su mujer como ama á cualquier objeto que le es útil ó agradable: la quiere tanto como á sus perros, tanto como á su tienda, algo ménos que á sus armas, y mucho ménos que á su caballo. El instinto guerreiro domina en el árabe con tal fuerza, que sólo puede reservar para el amor, dentro de su corazon, un sitio en segundo término. Hay tambien otra causa que influye poderosamente en el descrédito de la mujer musulmana: esta causa es la facilidad con que puede ser reemplazada con otra, relegada al olvido, ó abandonada por el esposo: el árabe que acaso no tenga ocasion de poseer en toda su vida más que algunas armas y un solo caballo, puede poseer muchas mujeres.

¿Comprendeis ahora, mujeres europeas, mujeres andaluzas, cuán dichosa es vuestra suerte comparada con la de vuestras hermanas de Africa?

Pues aún olvidaba un detalle.

A la degradacion, á la crueldad, hay que añadir el insulto y el sarcasmo. La mujer árabe, por efecto de las rudas tareas á que la dedican, siempre está enjuta y macilenta. Y el árabe, verdadero causante de tal desperfecto, no tiene reparo en decir á todo el mundo, que *detesta las mujeres delgadas y adora con delirio las mujeres gordas.*



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPITULO XVII:

Tres años en el desierto.—La palmera.—El agua.

El elegante europeo acostumbrado á pasar su vida en las ciudades aburriéndose constantemente en el café, en el teatro, en el casino y en su casa, no podrá comprender cómo un europeo que fué elegante, que ha vivido en Lóndres, en París y en Viena, que ha buscado distraccion en los cafés, en los casinos y en los teatros, y que se ha visto en la necesidad de abusar del juego, del amor y de otros licores fuertes para no aburrirse, puede vivir sin aburrimiento y sin penas tres años seguidos en un rincon del desierto de Sahara.

Y sin embargo, esto es lo que me ha pasado. «¡Vivir tres años en el desierto!» He ahí una frase que quema, y que escuchada por un europeo, en pleno mes de Agosto, le dejaría helado hasta la médula de los huesos. La vida en el desierto supone la vida en el destierro, en la soledad, en la tumba, bajo un sol abrasador, sobre un suelo árido y horrible, con sed, con hambre, con desesperacion, sin más esperanza que la de ser aplastado bajo una masa de arena empujada por el pavoroso simoun. Pero á

mí no me han sucedido tantas desdichas: en el desierto he encontrado un oasis, y en el oasis una familia caritativa y cariñosa, árboles que dan sombra, dátiles para apagar el hambre, leche ágría para apagar la sed, á veces otros manjares, á veces agua, á veces café, licor, y hasta tabaco. Con estos consuelos bien se puede vivir tres años en cualquier parte: verdad es que en el desierto no se leen periódicos, ni se juega al billar, ni se habla de la cotizacion de la bolsa, ni se murmura del gobierno, ni siquiera se conspira; pero en cambio se come siempre, se duerme con tranquilidad, se disfruta de bastante buena salud, se admira la naturaleza, se adora á Dios y se vive sin martirio.

Por lo demás, la historia de mi vida durante estos tres años no puede ser muy recreativa; ayer como hoy y hoy como mañana, la existencia del campesino, algo de la del cazador, y nada más; pero mucho de la existencia del filósofo.

Si alguien leyera estos apuntes creería que ya estaba terminado este capítulo, y así debía ser en efecto; mas para demostrar que el desierto no es tan árido como parece, voy á decir algo de lo bueno que en él existe: voy á hablar de la palmera.

La palmera es la nodriza del desierto: sin ella el Sahara sería inhabitable. La poesía árabe ha hecho de ella un sér creado por Dios el sexto día, el mismo día que el hombre. Se comprende la estimacion que tienen los indígenas á este árbol, que crece y se desarrolla bajo un clima abrasador, regado por aguas salobres, mortales para casi todos los vegetales; que está verde, cuando todo se agosta en su derredor:

que resiste los vientos que le doblan hasta que su cima toca en tierra, pero que no son capaces de arrancarle. Este árbol ha poblado y poblará el desierto: es el sosten de una civilización muy atrasada, pero que sin él no existiría; sus frutos, buscados en el mundo entero, bastan para los cambios y crean el bienestar de los árabes. Además, es la materia imponible de contribución: en los 360 oasis que pertenecen á Francia, cada palmera paga un derecho que varía de uno á dos reales: el producto medio de cada árbol es de 12 rs. poco más ó menos: el peso de los racimos varía de 20 á 40 libras.

La palmera produce además del dátil un licor azucarado al que la fermentación hace tomar pronto un sabor vinoso. Para obtenerle se cortan circularmente las hojas, no dejando más que las inferiores. La sección tiene la forma de un cono, en el que se introduce una caña por la que corre el líquido á depositarse en una vasija, que á su vez vierte en otra suspendida de una rama. Esta operación puede repetirse hasta tres veces, sin que el árbol muera.

Las palmeras tienen hasta 50 piés de altura. El aire circula por debajo de la inmensa sombrilla formada por sus copas, pero el sol no penetra. La sombra, el aire y el agua son los tres elementos que, á pesar del ardiente calor del desierto, permiten cultivar en las huertas de palmeras los frutos más variados. Allí se desarrollan y producen la higuera, el granado, el albaricoquero, algunas veces la viña, el olivo, y aun que en pocas, el peral y el naranjo.

Las legumbres se cultivan generalmente en invierno, obteniéndose nabos, cebollas, habas y el pi-

miento, condimento obligado de todas las salsas árabes. Se obtienen tambien cohombros, pepinos, melones, trébol, que da hasta ocho cortes al año, el henné y el tabaco. Durante el invierno se ven en algunas partes campos verdes: son cebadas; y trigos en ciertas localidades.

Déspués de hablar de la palmera, don èl más precioso que ha hecho el Hacedor á los habitantes del desierto, sólo puedo decir algo interesante hablando del agua, tesoro eternamente codiciado por los indígenas del Sahara.

No hay trabajo que retraiga al habitante del desierto, si tiene probabilidad de obtener agua. Desde los tiempos más antiguos ha abierto pozos artesianos. Hoy mismo los abre aunque con penoso trabajo. A medida que adelanta en su obra, la encofra con madera de palmera, y el agua salta antes de que hayan desobstruido el pozo. Los buzos, provistos de una cesta, bajan por una cuerda y quitan la arena; pueden permanecer hasta tres minutos debajo del agua. Exentos de tributos, estos buzos forman una corporacion respetada. Los pozos abiertos por los árabes duran poco; el encofrado se pudre, las tierras se desprenden y la arena obstruye el orificio inferior; faltas entónces de agua, las palmeras declinan y perecen; las aldeas se despueblan; el oasis se estrecha y por fin desaparece. El desierto vuelve á apoderarse del dominio que la mano del hombre le habia arrebatado. La ocupacion francesa ha llevado consigo una gran mejora: los pozos artesianos: los ingenieros franceses, Laurent y Jus, iluminaron en Tamerna, el 19 de Junio de 1855, un verdadero rio que

da 4.010 litros de agua por minuto; despues se han abierto multitud de pozos artesianos que salvan de la destruccion á otros tantos oasis. El rendimiento medio de estos pozos, es de 2.000 litros por minuto; arrojando una agua cuya temperatura varia de 23° á 25°. El tubo del pozo está en el centro de una alberca circular, y encima de sus bordes se extiende la sábana artesiana formando una cúpula trasparente que tiene latidos isócronos como los del pulso, y que se hincha y disminuye aunque el volúmen de agua varia muy poco. El agua es algo salobre y ligeramente purgante.

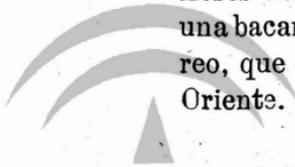
Algunos de estos pozos ofrecen una particularidad que durante mucho tiempo no ha sido creida por los naturalistas. En el momento de saltar el agua en el pozo de Ain-Tala, cuya profundidad es de 44 metros, multitud de peces se revolcaban en la arena arrojada por el pozo; el mismo hecho se repitió en otros pozos, observándose que los peces son idénticos á los de una especie que vive en las aguas dulces de Biskra.

Los ensayos de cultivo hechos en los alrededores de los pozos, han probado bien; un pozo ensancha considerablemente el oasis en que se le abre; los nuevos terrenos que riega son desalados y despues plantados de palmeras que dan fruto al cabo de ocho años. Desde 1850 se han plantado en el desierto más de 150.000 palmeras.

Para terminar este capítulo, procuraré expresar la constante admiracion que me causa la salida del sol cuantas veces he querido contemplarla en el desierto. Parece increíble que no llegue un dia en que el hombre de corazon más sensible y poético aparte

la vista cansado de ver un mismo panorama; pero ese día no llega; verdad es que la salida del sol es un espectáculo maravilloso en todas las regiones del Africa. Nada hay comparable á tan bellas y variadas transformaciones. Cuando la palidez de las estrellas anuncia la proximidad de la aurora, la region en que ha de aparecer el sol se cubre con un espeso velo negro; pero muy pronto la sombra empieza á rasgarse irregularmente dejando ver trozo á trozo un cielo inundado de luz. Parece que una mano mágica rasga poco á poco el velo que cubre un volcan, y la aurora africana aparece, no tímida y ruborosa destilando sus lágrimas en transparentes perlas que caen sobre las flores de la mañana, sino ardiente, atrevida como una bacante ébria, de ojos encendidos y rostro purpúreo, que con sus dedos de fuego abre las puertas del Oriente.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

CAPÍTULO XVIII.

Un inglés en el Sahara.—Efectos de la pérdida del apetito en un aficionado á la caza menuda.

El Sahara, 7 de Junio de 1864.

Por fin llegó un día en que decidí internarme en las profundidades del Sahara para ver más de cerca la salvaje naturaleza del desierto.

Despedíme de la honrada familia que con tanta dulzura me habia acogido en su hogar, y provisto de armas y municiones de boca y fusil, partí al amanecer del día 7 de Junio de 1864.

Una banda de chorlitos pasó sobre mi cabeza y despertó mis instintos de cazador. La banda descendió á la arena, y yo me puse en acecho detrás de un matorral que bordeaba una pequeña hondonada. Algunos chorlitos se separaron del grupo principal, y uno de ellos vino á ponerse á tiro de mi fusil. Apunté, hice fuego, cayó el pájaro, y, saliendo de la hondonada, apareció un hombre.

Nunca podré olvidar el efecto que me causó la presencia de un individuo de la especie humana en medio de aquellas soledades. El encuentro de un hombre cuando sólo se cree encontrar fieras, siempre es grato; pero cuando el hombre que se encuentra está en Africa y lleva traje europeo, carabina Lefau-

cheux en la mano derecha, y paraguas en la izquierda, cualquier corazon late más presuroso, y cualquier inglés reconoce á un compatriota ó á un aficionado á las costumbres británicas:

Primero ví el paraguas, despues la carabina, luego un rostro flaco y anguloso, una gran nariz y unas enormes antiparras verdes; por fin, ví un cuerpo enjuto y embutido en un traje de cazador, con morral y varios frascos á la espalda, revolver y cuchillo á la cintura.

Pasado el momento de mútua sorpresa, nos acercamos uno á otro.

—*¿You speak english?*, dijo el inglés.

—No; le contesté haciendo una seña negativa, y le pregunté á mi vez: *parlez vous francais?*

—*Ouí*, contestó mi interlocutor.

Y sirviendonos de esta última lengua tuvimos el siguiente diálogo:

—*¿Sois árabe?*

—No; soy europeo.

—*¿Europeo disfrazado?*

—Sí.

—*¿Español?*

—Portugués.

—*¿Moro?*

—Renegado.

—*¿Por la ciencia, quizá?*

—No; por la curiosidad. *¿Y vos?*

—Soy inglés, cazador y viajero.

—*¿Buscáis algo en Africa?*

—El apetito.

—*¿Cómo?*

—Ya lo he dicho: busco en Africa el apetito que perdí en Europa.

—Ya. ¿Y qué haceis?

—Cazar.

—¿La liebre? ¿La perdiz? ¿La zorra?

—No; el leon.

—¡Diablo!

—¿De qué os admirais?

—De vuestro gusto de cazador.

—Es un gusto que produce emociones, y las emociones devuelven el apetito.

—Siempre que no sean demasiado fuertes.

—Antes cazaba gorriones, y esta caza me bastaba para tener un estómago excelente. Pero despues necesité cazar palomas, luego liebres, más adelante corzos, jabalíes, panteras; hoy, la caza de estos animales ya no me hace efecto, y he tenido que recurrir al leon.

—¿Y no habeis tenido ocasion de arrepentiros?...

—Hasta ahora no. Pero ya se sabe que no hay dudas en esta cuestion; ó matar, ó ser comido; una de ambas cosas.

—¿Y hasta hoy?....

—He matado. Ya me veis.

—Me parece que la emocion que buscais es un poquito fuerte.

—Todo es la costumbre.

—¡Ah!, ¿teneis costumbre?

—Siempre que pierdo el apetito.

—¿Y lo perdeis muy á menudo?

—Sí. Pero permitidme que os ofrezca un trago de rom y un cigarro.

—Acepto.

Y admirado de hallar tanto lujo en el desierto, apliqué á mis labios la calabaza que el inglés me ofrecia, y bebí algo más de lo que aconsejaba la urbanidad.

Sentámonos, fumamos dos cigarros puros que sacó el inglés de su bolsa, y hablamos largo rato, yo refiriendo prolijamente mi historia, y el inglés, con más concision, diciendo en pocas palabras que el estómago le tenia muy aburrido.

—Perfectamente, dijo por fin mi interlocutor. Sepamos ahora vuestro nombre.

—Pedro Sousa.

—Jhon Wey.

Y me apretó la mano, levantándose ceremoniosamente.

—¿A dónde vais?, me preguntó en seguida.

—A cualquier parte. Ya os he dicho que sólo me guia la curiosidad.

—Os hago una proposicion.

—Decid.

—Acompañadme ahora, y despues os acompañaré aunque sea hasta el fin del mundo.

—¿Y adónde vais?

—A cazar.

—¿Leones?

—Por supuesto.

—¿En dónde?

—En la Argelia.

—De allí vengo, pero no tengo inconveniente en acompañaros. Deseo veros cazar alguna pieza.

Los ojos del inglés brillaron.

—¿Me acompañaríais, quizá?, dijo con emoción.

—¿Por qué no? Hablais tan tranquilamente de esa caza, que mi amor propio me empuja hácia ella.

—Pues bien: cazareis el leon.

Y de nuevo me estrechó la mano, pero con doble fuerza que ántes.

Era ya de noche, y mister Jhon me invitó á seguirle á su tienda. Ésta, perfectamente colocada al abrigo de un matorral, ofrecia todas las comodidades que son compatibles con un inglés que tiene que llevar á costas todo su mobiliario.

—Señor Sousa, me dijo mister Jhon suspirando, mi habitacion era mucho más *confortable*; pero los criados que traje al Africa han perdido su apetito ántes de que yo recobre el mio, y mis comodidades han tenido que reducirse.

—¿Volvieron á Europa vuestros criados?

—No: han muerto.

—¿De enfermedad?

—No: de miedo.

—¿Cómo?

—Despues os lo explicaré. Ahora creo que nos conviene dormir. Ahí teneis una manta. Buenas noches.

Y sin esperar respuesta, Wey se quitó sus arreos de caza, se acostó, y muy pronto comenzó á roncar con tranquilidad envidiable.

CAPÍTULO XIX.

Compromisos del amor propio.—Cómo murieron de miedo los tres criados de mister Jhon Wey.—Camino de la Argelia.

Lo que no haga en nosotros el amor propio no lo hace ninguna otra pasión. ¡Cuántas penas, cuántos sinsabores nos evitaría la falta de amor propio, pero también, cuán pocas cosas grandes podríamos llevar á feliz término!

Jamás he imaginado que yo pudiera atreverme á cazar un leon, y la idea de ponerme frente á frente del rey de los animales me hubiera parecido absurda. Mas ahora, ya que he cometido la imprudencia de decir que quiero cazar leones, estoy resuelto á cazarlos. El honor de un portugués no ha de quedar humillado delante de la bandera inglesa. Iré á buscar al leon, como vá la víctima hasta el ara del sacrificio, pero iré.

Todas estas reflexiones, hechas al despertar, hanme sido sugeridas por un pavoroso sueño, en el que se me han presentado multitud de enormes leones de largas uñas y erizada melena, amenazándome con

sus terribles colmillos, y haciéndome temblar con sus rugidos atronadores.

El terror que he sentido durante mi sueño, ha llegado á producir en mi espíritu una reaccion favorable. Me siento animoso, fuerte y decidido á buscar al leon.

Mister Wey se ha despertado una hora despues que yo.

—¿Seguis en vuestro propósito?, me ha dicho.

—Invariablemente.

—Muy bien. Siguiendo mis consejos, entre los dos no lo haremos del todo mal. Despues ya podreis manejaros solo.

Concluido nuestro frugal almuerzo, mucho más frugal para mí al observar la completa falta de apetito de mister Jhon, supliqué á éste que me refiriera cómo murieron de miedo sus tres criados.

—Voy á complaceros, me contestó: la cosa no pudo ser más sencilla: el miedo ha matado doble gente que la audácia y la temeridad. Cazando yo el leopardo en el Africa meridional, fuí advertido por el *pica-bueyes* de la llegada de un rinoceronte.

—¿Por el *pica-bueyes*?

—Sí: es un pajarillo que, merced á su pico en forma de pinza, extrae de la piel de los cuadrúpedos las larvas de insectos que hay en ella. De todos los cuadrúpedos, el más molestado por los insectos es el rinoceronte, y éste es tambien el más favorecido por el *pica-bueyes*. Ambos animales forman sociedad en comandita: el pájaro libra al cuadrúpedo de una molestia, y el cuadrúpedo da de comer al pájaro: así se observa que el rinoceronte sufre con tranquilidad los

picotazos del *pica-buey*, y que éste le anuncia con su canto la presencia del cazador; pero á la vez anuncia al cazador la proximidad del rinoceronte.

En seguida advertí á mi criado para que se pusiera á cubierto detrás de una piedra, y yo me encañamé rápidamente en un árbol. Acababa de ver desembocar por entre un callejon formado por rocas á un individuo de la clase llamada *borelé* (rinocerontes negros). Estos animales son muy feroces; atacan siempre, y la rapidez de su carrera, su fuerza y agilidad les hacen bastante temibles. Mi criado sabia todo esto, pero el miedo paralizó sus movimientos, y el cuadrúpedo se dirigió hácia él. Aún podia haber evitado el choque del monstruoso animal, separándose rapidamente y ganando en seguida una altura cualquiera, pero lejos de aprovecharse de la poca vista del rinoceronte, huyó delante de él, en línea recta, y el feroz borelé le alcanzó y le destrozó con sus terribles cuernos. Murió, pues, mi criado, no á los golpes del rinoceronte, sino á los golpes del miedo.

El segundo de mis servidores entregó la piel á un cocodrilo de Egipto, tambien por correr en línea recta, cosa que sólo haria un niño ó un idiota.

En cuanto á mi tercer servidor, murió más heróicamente.

—¿Cómo?

—Atrepellado por un rebaño.

—¿De búfalos?

—No.

—¿De antílopes?

—Méenos aún.

—¿De ciervos?

—De gacelas.

—¿De gacelas!

—Sí: por un rebaño de los más pacíficos animales de la creacion.

—Parece increíble.

—Mi criado estaba preparado para cortar la retirada al rebaño. Este era numerosísimo, y cuando, huyendo de mí, se dirigía al sitio en que se hallaba mi servidor, presentóse una pantera. Las pobres gacelas se lanzaron de golpe y en monton por el único sitio que las dejaba salida. Mi criado debió levantarse para hacerlas retroceder; pero vió á la pantera, se asustó, permaneció echado en el suelo, y el rebaño, sin verle, pasó sobre él aplastándole bajo millares de pezuñas.

—¿Y la pantera?

—Caía al mismo tiempo, atravesada por la bala de mi fusil.

—En verdad que el miedo puede ser fatal.

—No sé si os agradará la comparacion, pero creo que el miedo es el cólera-morbo del espíritu, porque es un mal epidémico y que por contagio ha hecho perder muchas batallas y morir á muchos hombres

—Así lo creo, dije; y ahora, os agradecería en el alma que me habláseis del leon.

—¿Del leon? Es mi tema favorito.

—Pues cuando gustéis podeis empezar á hablarme de él.

—Os hablaré primero del leon, de su educacion, de sus costumbres y de sus hechos.

—Bien : esa será la primera parte. Despues continuará la historia.

—Como querais.

Y mister Jhon empezó su explicacion del modo siguiente.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPÍTULO XX.

El leon.—Su educacion.—Sus costumbres.—
Sus hechos.

—No olvideis que voy á hablaros del leon que habita en el Norte de Africa, del más audáz, del más fiero, del más terrible de los leones, del único de su especie que se conquista el título de rey de los animales. A los leones del Sur de Africa, de Asia y de América, no los conozco más que de nombre; pero al leon de la Argelia y de Marruecos, le conozco *de vista* y le he *tratado* algunas veces. De él, pues, voy á hablaros; no de los otros.

El leon habita en parajes inaccesibles; rara vez abandona su guarida durante el dia, y emplea la noche en procurarse el sustento. Muchos naturalistas aseguran que el leon no aparece nunca de noche, á pesar de pertenecer á la raza felina, pero estas seguridades provienen de que los naturalistas han visto al leon *de memoria*, y yo he pasado muchas noches al sereno para poder verle cara á cara.

La época del amor, para los leones, es el invierno. La denticion hace morir con preferencia á las leonas, y ésta es la causa de que los machos estén en con-

siderable mayoría. Cada leona reúne cuatro ó cinco pretendientes. Si éstos son jóvenes, la pretendida procura atraerlos cerca de un viejo leon que acabe con ellos en pocos instantes. Pero si los galanes son adultos, la leona no necesita provocar la lucha, y los rivales se destrozan unos á otros. El resultado de un combate entre dos leones adultos es la muerte de ambos. La leona presencia la pelea, acostada sobre el vientre y moviendo la cola con satisfaccion. Si uno de los combatientes queda vencedor, acude junto á la leona y ésta le lame las heridas. Por regla general, la leona sólo quiere ser del más fuerte y ve con inefable delicia las luchas que origina el deseo de conquistar su amor. El leon es más generoso y más amante de su hembra. Durante la época del celo, no la abandona jamás. Salen juntos en busca de alimento, y al llegar cerca de un aduar, la leona se acuesta y espera á que el leon se lance dentro del parque y salga con una vaca ó con un carnero. Al salir de su guarida, la leona va delante: al volver, el leon cubre la retaguardia. Él no toca nunca la presa hasta que ella satisface cumplidamente el apetito, y en todas ocasiones, él demuestra una ternura, un cariño y una solicitud cuyo premio es la infidelidad.

A fines de Diciembre ó principios de Enero, la leona se retira á un lugar solitario é impenetrable, donde da á luz uno, dos ó tres cachorros; pero dos casi siempre, un macho y una hembra. En los primeros dias, despues del nacimiento de los leoncillos, la madre no los abandona un solo momento y el padre cuida de la manutencion de todos. Pasada la crisis de la denticion, la madre se ausenta algunas ho-

ras cada día para traer á sus hijos pedazos de carne-ro que les da cuidadosamente desmenuzados. El padre, á quien molestan los juegos de sus hijos, establece su morada aparte en algun sitio inmediato, desde el cual acude al menor asomo de peligro para la familia.

Cuando los hijuelos tienen cuatro ó cinco meses, siguen á la madre y acompañan juntos al leon hasta el lugar en que deben esperar que vuelva con la presa del día.

Desde que cumplen seis meses los leoncillos, toda la familia cambia de guarida, y aquellos empiezan á viajar constantemente.

De ocho meses á un año comienzan los hijuelos el aprendizaje de carniceros y ladrones; atacan los rebaños de carneros y de cabras, despues se atreven con los bueyes y caballos, y bajo la inspeccion del jefe de la casa, aprenden primero á atacar, luego á herir; últimamente, á matar de un solo golpe dado en el cuello de la víctima. Esto no lo consiguen con toda perfeccion hasta que cumplen dos años. A los tres sepárase la familia, y los padres se procuran otra.

Los leones son adultos á los ocho años, y entónces adquieren la suma de su mayor fuerza y belleza; el macho se hace casi una tercera parte mayor que la hembra, y sus crines reciben completo desarrollo.

Hay en el Africa septentrional tres especies de leones; el leon negro, el leon pardo y el leon gris, llamados por los árabes *el adrea*, *el asfar* y *el zarzouri*.

El leon negro, mucho más raro que los otros, es

más pequeño, pero más fuerte. Desde la nariz hasta el nacimiento de la cola, mide cinco codos (1), y uno de extremo á extremo de la frente. La cola tiene un metro de larga. El peso de su cuerpo varia de 275 á 300 kilos. Este leon no viaja como el pardo y el gris: se establece en sitio que le agrade, y no muda de habitación durante veinte y treinta años. No ataca los aduares; aguarda la vuelta de los ganados, mata cuatro ó cinco reses y bebe la sangre. En verano, al ponerse el sol, se coloca junto á los caminos y acecha á los viajeros.

El leon pardo y el leon gris sólo difieren uno de otro en el color de las crines, y son algo mayores que el negro y ménos robustos.

Las costumbres, con la excepcion hecha para el leon negro, son iguales en las tres especies. De dia, el leon se retira al fondo de los bosques, digiere su comida y duerme. Las moscas, el sol ó la sed pueden hacerle salir al llano en busca de agua ó de lugar más cómodo; pero en estos casos el leon no ataca á nadie, si no se ve provocado; mata para vivir y mata por defenderse, mas no por el solo placer de matar. Ataca casi siempre, porque casi siempre está hambriento; pero es raro que ataque de dia; por la tarde ó por la mañana encontrareis al leon tranquilo é indiferente; por la noche siempre le encontrareis hostil y amenazador. Los árabes, que conocen perfectamente las costumbres de su mayor enemigo, no temen dejar pastar los rebaños durante todo el dia;

(1) Los árabes miden el codo, desde éste hasta la extremidad de la mano abierta.

pero los recogen una hora ántes de la puesta del sol.

Aunque dotado de sentidos muy sutiles, de gran fuerza, de extraordinaria agilidad y de indomable valor, el leon norte-africano no caza á las demas fieras. Muchas veces si encuentra una tropa de mero-deadores, la sigue, espera á que haga su acostumbrada provision, deja partir tranquilos á los bandidos, y se contenta con los restos del botin. Véase, pues, que si asalta los aduares, es porque no tiene otro medio de satisfacer su apetito.

Estos asaltos del leon son el impuesto más fuerte que pesa sobre los árabes. Por término medio el leon vive treinta y cinco años; cada año consume ó destroza caballos, mulas, bueyes y carneros, por valor de seis mil francos. Luego, cada leon, cuesta á los árabes doscientos diez mil francos.

En Argelia sólo, hay siempre unos treinta leones; consumen anualmente valor de ciento ochenta mil francos, por lo cual el árabe que paga al gobierno francés cinco francos de impuesto, paga cincuenta francos al leon. Y el leon no perdona su parte.

Esta es la causa de la mala voluntad tenida al leon por los árabes, y de las constantes luchas que sostienen contra él. Pero al llevar la cuestion al terreno de la fuerza, por regla general, el leon sigue cobrando el impuesto y lo cobra con recargo; pues además de la carne de buey ó de carnero, se lleva carne de hombre.

El árabe ódia al leon, le teme y le admira. Júzgale como la suma de la fuerza, del valor y de la dignidad.

Respecto de la fuerza, sólo os diré que el leon más pequeño que he visto en el Norte de Africa pesaba quinientas libras, y de un golpe de garra detuvo un caballo que pasaba á galope, y caballo y jinete rodaron por tierra.

Respecto del valor, puedo aseguraros que el leon no huye ante cien cazadores ni ante cien fusiles, miéntas sus heridas le permitan defenderse.

En cuanto á la dignidad, ningun animal se muestra más altivo, más indiferente, más digno que el leon cogido en una trampa y que espera una muerte ignominiosa sin lucha y sin represalias.

El rugido del leon infunde espanto en los corazones más fuertes. Los árabes le llaman *rad* (trueno).

Cuando un leon y una leona viven juntos, al salir de su guarida, la hembra ruge primero y el macho la imita, y siguen alternando.

Rugen de cuarto en cuarto de hora hasta que llegan al aduar que van á acómeter.

Cuando el leon vive solo, ruge al salir de su retiro, pero camina en silencio hácia el punto que ha de ser asaltado.

Durante los fuertes calores el leon ruge muy poco y se desquita en la época del celo.

El rugido se compone de una docena de sonidos que comienzan por suspiros entrecortados, siguen en *crescendo* y concluyen como empezaron, con un intervalo de algunos segundos entre cada sonido.

Acerca de la magnanimidad del leon, sólo diré lo que dice el proverbio árabe: «*Cuando salgas á viajar*

»no salgas solo, y ármate como si debieras encontrar al leon».

Las cualidades más notables del leon, son la audacia, la impasibilidad y la pereza.

Es curioso lo que dicen los árabes hablando de las costumbres leoninas. Segun ellos, cuando un leoncillo cumple tres años, su padre le habla del modo siguiente:

—Hijo mio, tienes buenos dientes y buenas garras, tienes fuerza, tienes valor, tienes fino el oído y claros los ojos; con todas estas cosas serias muy nécio si no te dieras buena vida. El trabajo no se ha hecho para tí; hay unos séres que se llaman hombres, que trabajan, que crían carneros, bueyes, camellos y caballos para que tú te los comas. Viviendo siempre cerca de los hombres no te faltará alimento; pero procura hacer tu provision con algun cuidado, porque los hombres tienen carabinas. Si ellos te atacan, defiéndete hasta morir; pero no los ataques más que cuando puedas sorprenderlos sin peligro; un pedazo de carne de hombre es un bocado bastante apetitoso, pero las balas de carabina son indigestas.

No desprecies las ocasiones; caza siempre que puedas á mansalva; come bien hoy por si mañana te toca ayunar, y evita los lances que te comprometan sin resultado beneficioso para tu estómago.

Entre los hombres hay muchos que se dedican á cazar como tú y que viven á costa del prójimo. Cuando veas caminar á esos cazadores de noche y con sigilo, anda detrás de ellos porque van de caza. Espera á que hagan su negocio, déjales retirarse en

paz, y así que se crean seguros con su presa, preséntate y pide tu parte.

Sé prudente, sé astuto, haz buen uso de tu rugido, que hace temblar cuanto te rodea, y conserva incólume la honra de la familia. Si sigues los consejos de tu papá, podrás morir tranquilo. Si no los sigues, los hombres darán fin de tus garras y de tus dientes.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA